

Graciela Bialet

Los sapos de la memoria

CB ediciones

Diseño de tapa: Miguel Sablich

© 1997, Graciela Bialet
© 2008, CB Ediciones

Hecho el depósito que marca la Ley 11723
ISBN 987-9089-13-5
Impreso en Córdoba, Argentina
Impred in Córdoba, Argentina

A Mario y su rebelde pasión por la libertad.

*A Lúbele Cinman y su familia,
que me enseñaron la solidaridad del abrazo oportuno.*

*A mis compañeros de la Escuela de Ciencias de la Información
de la Universidad Nacional de Córdoba,
arrancados, desaparecidos, torturados y asesinados
por la dictadura militar implantada en Argentina en 1976.*

*A mi querido amigo Hugo Kogan,
a quien le extirparon para siempre las primaveras.*

*A mis 'sobrinos' Mariana y Daniel Caffaratti,
a quienes les amputaron un papá y aún siguen caminando su destino.*

A las madres, abuelas e hijos que todavía buscan justicia.

*A Mirella, un oasis de amistad en medio de tanta muerte,
y a todos los que sobrevivimos con la estúpida culpa de estar vivos.*

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de manera alguna ni por un medio o
procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

*Ama la libertad, siempre la llevarás
dentro del corazón.
Te pueden corromper, te puedes olvidar
pero ella siempre está.*

*Ayer soñé con los hambrientos, los locos,
los que se fueron, los que están en prisión
y hoy desperté cantando esta canción
que ya fue escrita hace un tiempo atrás
y es necesario cantar de nuevo una vez más.
Charly García*

I

¿Por qué yo?

*Yo no sé por qué me tocó a mí,
... tal vez sea para que ahora lo cuente.*

G. B.

Mi abuela dice que me deje de pavadas, que ya me contó una y mil veces todo lo que pasó. "La vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino", resopla mientras me señala con gestos el recorrido al baño como si yo fuese todavía un chico, y me obliga a mostrarle las manos lavadas antes de comer, con su insistente modo de desconocer que ya tengo diecisiete años.

Sospecho que hay cosas de la memoria que esperan por mí. Por algo la abuela no quiere que vaya a lo del mentalista que publicitan por televisión.

¡Voy a ir igual!

Estoy seguro que con eso de la hipnosis podré

descifrar la sonrisa de sapo que se me cuelga por las sombras del sueño y me persigue cada noche.

La abuela Esther afirma que me río igual que mamá. No me acuerdo. Veo sus fotos y la reconozco porque me dicen que es ella, pero no sé, creo que todo es tan confuso. Es como si cada vez que intentara traerla a mi cabeza, una nube gelatinosa de smog se instalara en mis recuerdos, y ni las fotos que me muestran, ni los pintados detalles de la abuela ni las descriptivas historias del tío Hugo, me sirvieran para recordarla por mí mismo.

Al mentalista que hipnotiza lo vi hace unos días en un programa de televisión. El tipo con voz serena: "1, 2, 3", hizo dormir a una chica y le ordenó deshilar la madeja de su vida enhebrándola al ojal de los recuerdos.

"Ahora tienes quince años", le decía, "ahora 12, ahora 10", y así, hasta que la muchacha en posición fetal dentro del útero de un sillón de utilería, describía cómo se sentía germinando en la bolsa de su madre.

"¿Qué ves?", le preguntaba el hipnotizador, y la chica acurrucando su cuerpo adolescente y sus reminiscencias, contestaba: "Veo agua", "siento los susurros de mi mamá y su risa me hace cosquillas", "¡J!..J!..!" balbuceaba feliz como un bebé.

"¿Hay alguien más contigo?"

"Ella me quiere y mi papá también", sonreía chupándose el pulgar.

Estoy decidido. Aunque la abuela se enoje, voy a ir al teatro donde se presenta ese hipnotizador. Creo que él me puede ayudar a recordar.

Mi abuela Esther es como el pan casero recién horneado; entibia las sombras con caricias, en su falda

empieza y termina la noche, pero está vieja y ha sufrido tanto. Creo que se le mezclan los recuerdos con los deseos en una ensalada de broncas e ilusiones.

Para mí que lo que la abuela me cuenta es casi un cuento: que a tu mamá y a tu papá se los llevaron los militares; a él lo detuvieron primero:

"Mi Ana fue secuestrada después y no se supo más de ella", dice sacudiendo la cabeza con los ojos agrietados de lágrimas. Luego, puntual e infaliblemente, pregona desobedecidos reproches con tonada de sermón:

"Yo se los dije siempre... a los dos... pero..." "¡Ay!, tu padre andaba metido en eso del sindicato".

"¡Qué va!, todo fue culpa de la dictadura". La respuesta a ninguna pregunta anuncia el final del tema incluyéndome como remate en la historia:

"Gracias a Dios alguien te trajo hasta la puerta de mi casa una siesta plagada de calor y llanto", "¡eras tan chiquito!" Siempre termina suspirosamente igual; me besa la frente y se va a saldar cualquier urgencia hogareña con un pretexto, por lo general, de carácter gastronómico.

Lo del viejo se lo creo, pero a mamá ¡qué! ¿se la tragó la tierra?

De mi papá sé -me consta por su tumba que visito cada fin de semana- que murió a causa de una infección no curada, porque ningún médico lo atendió cuando estuvo en aquella cárcel del sur, donde lo habían encerrado los milicos durante la última dictadura.

Todavía guardo una carta escrita en papel plateado de cigarrillos que me envió a través de familiares de otros detenidos, donde me dibujó un diseño para armar barriletes.

Me contó Rogelio -su compañero de celda que me visita desde que lo liberaron, y con quien compartimos esta rabiosa pasión futbolera por el Club Atlético Belgrano- que una vez llegaron a sus manos unos garabatos que yo le hice cuando tenía cuatro años.

Dice que JOJE -mi papá se llamaba Jorge pero yo lo apodé así- lo guardaba como un tesoro bajo su colchón, y cuando ya estaba muy enfermo, se lo regaló a otro preso que había perdido a toda su familia.

Aún recuerdo cuando nos entregaron el cuerpo de papá en un cajón, para velarlo. Yo acababa de cumplir siete años, y el país recién se embarazaba de democracia, luego de varios abortos castrenses.

Vino poca gente. Estábamos mi abuela, mi tío Hugo y yo. Rogelio aún seguía preso. Algunos pasaban por la puerta, espiaban una y otra vez pero no se animaban a entrar. "¡Ni que tuvieran miedo a mis piojos!", pensaba yo que por esos días me rascaba la cabeza a cuatro manos. "No sé qué problema se hacen, si mi abuela les pone esa crema asquerosa con olor a insecticida y en dos días los bichos se van, lo único que duele un poco es el peine finito para sacar las liendres".

Me acuerdo que tirado panza al suelo en aquella pieza oscura con olor a vela, le hice a Joje otro dibujo, uno nuevo, lleno de conejos, gatos, mucha gente y mil flores. Recuerdo que a las nubes las pinté de gris, todas grises, porque estaba triste, requete triste, desmedidamente triste, furiosamente triste y quería que mis nubes lloraran hasta el fin del mundo; pero a papá -que estaba en esa caja empecinadamente dormido- le dije que eran grises de gris tormenta, para que llovieran mucho y regaran las flores, y siguieran creciendo siempre.

Yo tenía sólo dos años cuando a él lo detuvieron, pero aún presentía su aliento de padre haciéndome cosquillas con sus manazas poderosas, revolcándonos en su cama castillo, enorme e impenetrable que nos protegía de las invasoras quejas de mamá: "¡Ey! no desarmen la cama". "Cuidado que lo vas a aplastar". "Se va a hacer pis de la risa".

¿O tal vez aquella escena la inventó mi varita mágica de deseos?

La única ventaja de tener un padre ausente es que uno se lo imagina exactamente a la medida de sus ganas, y cuando Joje murió, yo llevaba cinco frondosos años, casi toda mi vida, atribuyéndole poderes y habilidades que los padres de mis amigos ni por aproximación tenían.

Siempre me acuerdo de la historia que inventé mientras la maestra de segundo dictaba una lección patriótica sobre el tema de la soberanía argentina de las Islas Malvinas. Pedí permiso con la mano en alto, me paré en medio del aula y relaté a toda la clase, muy alusivamente al tema, que mi papá había sido reportero en la guerra de Las Malvinas. En cumplimiento del deber y volando en su Súper Frelon -que era el helicóptero más grande y colorido que había visto en una enciclopedia del tío Hugo- su nave había sido alcanzada por un misil.

"En medio de la explosión, mi papá se arrojó del helicóptero al agua, y allí lo atacaron unos cocodrilos. Él, con un cuchillo de cazador, los descuartizó, uno por uno... ¡y eran como diez! Así se salvó, y nadando dos kilómetros por mar, atravesando olas enormes, llegó a la costa de una de las islas a cubrir su nota."

Recuerdo que cuando relaté entre suspensos y pausas escénicas aquella historia, los chicos se mordían los dedos

de admiración y celos... Pero la magia duró un instante.

La maestra me delató interponiendo una geográfica explicación sobre el hábitat marino de las Islas Malvinas, donde no había cocodrilos. Y como si su palabra sabihonda de escuela no bastara, argumentó para desmentirme que esos reptiles eran de zonas cálidas y aguas dulces, que el mar del sur era tan frío como salado, y un montón de excusas científicas cuyo único objetivo era hacerme quedar como un verdadero estúpido ante un público de segundo grado que no tenía ni idea de lo que la maestra hablaba, y que le daba lo mismo disfrutar de la valentía de mi padre en una pelea contra cocodrilos o contra una ballena.

Pero yo no me rendía, y si alguno de los padres de mis compañeros de curso siquiera osaba arrimarse al calendario heroico de proezas de Joje, o al de sus sorprendentes destrezas deportivas, enseguida yo le concedía a mi viejo un mérito superior, y los chicos quedaban babeantes de envidia.

Las maestras de la primaria eran las únicas que no me creían. Para ellas sólo valían las letras y los números. ¡Encima se sentían dueñas de todas las verdades del universo y estaban empecinadas en acorralarme entre galaxias de reproches! A veces, cuando no ardía en ganas de estrangularlas por desmentirme en público e intentar hacerme pasar el ridículo, las maestras me daban lástima, bastante lástima, porque ellas al fin y al cabo no sabían contar cuentos como el tío Hugo, ni cantar como los sapos a la luna pidiéndole su guiño de estrellas, ni pintar con el membrillo del atardecer, ni peinar con barbas de choclo una cascada por donde remontar los torrentes del cielo y piratear su almanaque de destinos. Menos aún podían

entender mis historias. ¡Pobres!, las maestras sólo sabían sumar y restar.

Cuando ellas o cualquier otro adulto me cercaban, no me quedaba más remedio que inventar que mi papá se había muerto en un accidente -como llamaba mi abuela, ante los vecinos, a la ausencia de mi madre - porque jamás iba a admitir que me miraran como a un bicho raro. A los padres de los demás chicos no les sucedían las cosas que les pasaban a los míos, como estar presos, o morirse sin saberlo uno, y menos aún desaparecer. ¡Bah! por lo menos eso creía yo en aquellos años. Ahora sé que hay muchos hijos como yo.

Las maestras hubieran jurado, aquel día del velorio, que mi papá estaba muerto, pero para mí sólo dormía.

Yo creía en ese momento, que dibujando aquel paisaje prolijo y colorido, tal vez papá podría despertar y darse cuenta que ya no estaba preso. Entonces yo le mostraría el barrilete que hicimos con el tío Hugo siguiendo las instrucciones de aquel plano que me supo enviar en una carta desde la cárcel. Una cometa pegoteada de mensajes en clave de colores y con una cola casi infinita de moños de lienzo que siempre remontábamos con el tío a escondidas de la abuela, diciendo un conjuro para que llegara hasta el escondite de Joje, a liberarlo.

Le hubiera enseñado a jugar a la mancha venenosa, o a la tapadita, o al rin raje o a lo que él quisiera con tal de que se quedara de una vez por todas conmigo.

Ahora, diez años después, sé que papá creyó mi mentira de juguete porque se llevó mi dibujo a la tumba y aún hoy, cuando voy a visitarlo, aquellas nubes grises lloran y fecundan alfombras de verbenas rojas sobre su montoncito de tierra, y como las veo tan seguras y bien

plantadas en su sitio, siento pena de arrancarlas. Entonces, pongo las margaritas que llevo en la tumba de una tal Mercedes que está enterrada a su lado, a quien jamás de los jamases le ponen flores y me refrita la lástima de estar tan injustamente abandonado a mi orfandad.

II

Ana y su percance de amor

*"Pueden robarte el corazón
cagarte a tiros en Morón
pueden lavarte la cabeza
... por nada.
Pero el amor es más fuerte...
pero el amor es más fuerte."
Ulises Butrón*

Ana y Jorge, como una premonición de azahares, se conocieron en el asado en que Laly y Miguel festejaban su casamiento.

Los novios eran estudiantes universitarios. Estaban tan escasos de dinero como de ganas de celebrar una boda formal, así que los amigos decidieron juntar unos pesos para al-

quilar el quincho del Club Las Palmas, al mediodía, porque era más barato.

Cada cual trajo unas tiritas de costilla, o un trozo de vacío, o una faldita y entre varios prepararon el asado matrimonial a la usanza transgresora y revolucionaria de la época.

Ana llegó temprano para ayudar con las ensala-

das. Además quería acompañar a su amiga por lo menos hasta las tres de la tarde, hora en que se iría con los compañeros del sector universitario a repartir, casa por casa, unos volantes en conmemoración de un nuevo aniversario de la muerte del Che Guevara.

Iba de acá para allá saludando compañeros y escondiendo sus modales de niña educada en colegio católico, expresión burguesa abominable entre revolucionarios de barricada que soñaban con una patria socialista.

No renunciaba a su fe cristiana, pero debía disimular para que no se burlasen de ella. Ana estaba convencida de que el verdadero cristianismo pasaba por amar a los otros como a sí misma y que la caridad eclesiástica hacia los pobres no resolvía el problema de fondo de la marginación. Si Jesús había vivido entre los humildes y

los desposeídos, ése era su modelo de vida a imitar.

En la militancia combativa había encontrado compañeros de lucha que aunque no se reconociesen como cristianos, practicaban el cristianismo más a fuego que muchos de los mojigatos y no pocas santurronas que veía golpear-se el pecho domingo a domingo en la puerta de la iglesia.

Sus camaradas de militancia ponían más que la otra mejilla.

Ardían en pasión por la libertad.

Ellos estaban dispuestos a morir por amor a todas las causas solidarias, en favor de los que nada tenían para perder, y sí, mucho por ganar. Peleaban por la cancelación de la pobreza, por justicia para todos por igual, por los niños hambrientos. Trabajaban a su modo por terminar con la explotación del hombre por el hombre, y

por el fin de las guerras.

Ana quería darle al casamiento de su amiga Laly el viso de sacramento que para ella tenía, y no ese aspecto de concubinato que se empeñaban en imprimirle los novios, para quienes aquella formalidad sólo era un estamento burgués que debía abolirse. Ana creía en el matrimonio.

Sabía que no todo lo institucionalizado era malo, sólo el modo en que una sociedad hipócrita lo sostenía como un corral sujeto a estadísticas y máquinas de sumar gente como ganado, con el impúdico fin de supervisar sus ingresos, sus tributos, sus sueños.

Así fue que, dispuesta a demostrar sus hipótesis de cristiana de tercer mundo, y aunque todos se le rieron, Ana tarareó la marcha nupcial como telón de fondo mientras adornaba los destartalados tablonos de

madera con papeles de es-traza, improvisándole galas con dibujos de mariposas y pegándole plumas de canarios a modo de puntillas. En el centro de cada mesa, colocó unos arreglos florales con ramilletes de margaritas y moños rojos que especialmente trajo de su casa. Lo de los moños rojos fue una verdadera concesión en homenaje al espíritu revolucionario de novios y asistentes.

No le importó hacer el ridículo y en vez de sus desflecados vaqueros de militante, ese día apareció en el club con una primorosa y recontra super burguesa minifalda de terciopelo negro. Ella se había vestido para la ocasión según sus convicciones, y creyó poder soportar todas las bromas que sus amigos le hicieron, mostrándose indiferente al tema y emulándolos en su alocada carrera de contar anécdotas militantes entre vino y vino.

Pero lo cierto era que Ana no tenía la más mínima cultura alcohólica y entre el segundo y tercer vaso sintió que los pies no respondían a sus órdenes y se comportaban como jarrillas borrachas de viento. Para sosegarlos, se tironeaba la minifalda en vano.

En medio de esa ráfaga incontenible, vio por primera vez a Jorge y se le encendió una chicharra en el estómago y en los cachetes.

Jorge se sentó a su lado y conversó con los jocosos comensales mientras Ana hacía esfuerzos sobrehumanos por controlar sus párpados, empecinados en bajar las persianas y clausurarle la fiesta.

¡Era el papelón más bochornoso de su vida! Justo cuando ese terrible buen mozo le homenajeara el espíritu, la risa se le escapaba a borbotones y la lengua se le empantanaba entre el paladar y la saliva,

resistiéndose a pronunciar un solo sonido con sentido.

Cuando llegó la hora de la volanteada, ante las evidencias del alcohol y aquella impenetrable aureola de encanto que sólo se pinta de a dos, los compañeros del sector universitario abandonaron a Ana a su suerte, dejándola atrapada en la telaraña de esa silla obsesionada en poseerla.

Todos se fueron alegres a cumplir su militante misión y los novios a consumirse en besos y a preparar su carpa y mochilas para la luna de miel.

Jorge la miró entre indisolubles suspiros y le dijo que lo mejor sería ir a tomar una buena taza de café con cenizas. Ana obedeció a los brazos de Jorge que la rescataron de su silla y volvieron a sentar en un destartado Citroën, la levantaron y volvieron a sentar en la butaca de un

bar, la abrazaron y le dieron a beber sorbo a sorbo el renegrido brebaje.

Esa tarde, mientras la llevaba de regreso a su casa, Ana supo que él había escrito su último suspiro de princesa en la torre, y él presintió que en su vida nada sería igual, porque por fin, ella era quien lo rescataba.

Con el tiempo y la sobriedad vinieron los estúpidos pretextos para provocar encuentros, los cosquilleos insoportables al mirar cómo se dilataban las pupilas del uno en el otro. Más tarde llegaron los "¿vamos al cine?", los "bueno", las ridículas excusas para volver a verse, los "se me rompió este reloj que era de mi abuelo",

los "yo te lo llevo a arreglar", los "nos vemos después de la manifestación", los "te espero en mi casa a tomar unos mates". Y allí nomás los besos, las caricias, los te amo, los yo también, los estoy enamorado hasta que me duelen los huesos, los no puedo vivir sin vos, los "¿por qué no vivimos juntos?" de él y los "¿por qué mejor no nos casamos?" de ella. Y ya más por pasión que por inercia siguieron los "bueno", nuevos "bueno", más "bueno" y siempre "bueno".

Y entre medio de planes revolucionarios y revoluciones planeadas, Ana y Jorge se dieron permiso para el más burgués y humano de los sentimientos: el amor.

III

Siempre hay un buey corneta

*"Mi general, el hombre es muy útil.
Sabe robar, sabe matar.
Pero tiene un defecto:
sabe pensar."
Bertolt Brecht*

¡Estoy podrido de la escuela!

¡Me tiene harto la de Biología con esas ínfulas de premio Nobel!

¡Abomino a la de Historia que parece haber estudiado la historia argentina sólo hasta los años 50 y adentro de un *tapergüer*!

¡A la de Psicología estoy a punto de estrangularla, pero temo que encima me vayan a meter en cana, así que últimamente estoy ideando empujarla como al descuido por la escalera. Seguro que a lo sumo se quiebra el meñique y ese *Froy* se lo cura desde algún diván! ¡La odio cuando me mira con esa cara de estúpida y me da consejos de madre de libro -de libro de Psicología, por supuesto- y

juro que le voy a partir el brazo la próxima vez que amague con tocarme el hombro!

Particularmente, a ella la odio en su totalidad. No hay nada que la convierta en el ser más abominable de la tierra, que cuando se la da de genio anclado más allá del bien y del mal, y empieza con la sanata de la importancia del Método Científico de Análisis para hablar de cualquier cosa.

"Lo primero es el planteo de situaciones problemáticas y la formulación de hipótesis". ¡Vieja ridícula! Encima pretende darnos técnicas de estudio en clases co-programáticas, ¡haciendo horas extras!... ¡fuera del horario escolar! ¡Es tan jodida que jode gratis, la imbécil! Uno de estos días la voy a estrangular, por idiota nomás, como una patriada, tal vez para limpiar el paisaje, o para deshacerme de las tres carpentas de apuntes y huevadas que ya nos ha hecho juntar. ¡Casi con criterio ecológico habría que reciclarla a la vieja de Psicología!

En realidad creo que me revienta por el solo hecho de ser psicóloga, porque me recuerda a todas las que tuve de chico cuando mi abuela no sabía qué hacer conmigo y las maestras creían librarse de mí con una terapia. Creo que *mitómano*, me decían, e *intolerante a las normas de entorno* o algo así. ¡Inventaban cada cosas para tenerme horas en sus consultorios! A ninguna de las que consulté se les ocurrió embestir los porqué de mi orfandad. Dice mi abuela que por aquellas épocas era peligroso comprometerse con el tema.

Ni la escuela, ni los profesionales con los que convivía a diario, parecían tener que ver con mi realidad; seguían sus vidas como si nada, como si el delito de ser un *chico problema*, tal como me tenían rotulado, fuera pura y

exclusivamente mío, y de mi abuela que "no ponía límites adecuados", o sea, no me pegaba lo suficiente para controlarme.

El único pasable es el profesor de Educación Cívica.

Él nos hace leer diarios de época para cada tema que tratamos, y no se la da de canchero ni de sabelotodo. Cuando le rompemos la paciencia mete sus papeles en la carpeta y se va del curso diciendo que por lo que le pagan, no piensa andar bancando mocosos mal criados.

La verdad es que ahora que lo pienso, sólo una vez se fue, porque después lo dejamos en paz y nos enganchamos con sus clases.

Un día nos hizo hablar sobre la canción del Charly, esa que dice:

*"Los amigos del barrio
pueden desaparecer,
los cantores de radio
pueden desaparecer,
los que están en los diarios
pueden desaparecer,
la persona que amas
puede desaparecer,
los que están en el aire
pueden desaparecer en el aire,
los que están en la calle
pueden desaparecer en la calle
... pero los dinosaurios van a desaparecer."*

Nos preguntó si sabíamos a qué se refería la letra y luego nos mostró un libracó llamado NUNCA MÁS que era el informe de una tal CONADEP. La mayoría de los chicos no sabíamos qué era eso y el profesor contó que era el documento final que elaboró la COMISIÓN NACIONAL

SOBRE LA DESAPARICIÓN DE PERSONAS después de investigar los rastros de casi nueve mil personas que desaparecieron durante los gobiernos de las juntas militares entre 1976 y 1983 en la Argentina. Nos contó que luego, otros informes, hablaron de treinta mil personas desaparecidas.

Me llamó la atención cómo se refería a la gente desaparecida en números... ¡30.000!... Yo jamás hubiera creído que mis viejos se contaban entre esa cantidad, y para darme una idea pensé que en la cancha de Belgrano, llena de gente, no hubiesen entrado tantos.

En esas meditaciones estaba cuando el profesor, de pronto, comparó esos números con espacios físicos: ¡y puso como ejemplo una cancha de fútbol! Me asusté porque me pareció casi telepática su argumentación. Habló luego de genocidios y nos recordó el exterminio de los indios precolombinos, contándonos que sólo en el Potosí los españoles habían asesinado como a ocho millones de incas durante la conquista y colonización.

Una compañera, muy metida en el tema, hizo referencia a los cinco millones de judíos torturados y asesinados durante la Segunda Guerra Mundial.

Gente... números... muertes... como si contaran pollos arrancados de una huerta.

Alguien dijo que no sólo debíamos recordar a esos muertos en sus propias vidas, sino a todos los que pudieron haber nacido y no lo hicieron a raíz de aquellas matanzas. Cuando escuché ese argumento me sentí casi un privilegiado: yo había sobrevivido.

El profesor siguió su clase diciendo que había llevado ese libro para que nos enteráramos de las barbaridades cometidas por los "ilustres patriotas" del Proceso de

Reorganización Nacional y darnos luego una clase sobre "los derechos humanos".

Leyó algunos testimonios y contó algunos otros.

Todos atendimos petrificados de sorpresa. Luego, mientras algunas compañeras se ahogaban en suspiros y otros tarados se acomodaban el pelo disimulando que en realidad se tapaban los oídos para no escuchar los tortuosos relatos que contaba el profesor, yo me zambullí en el libro. Lo hojeaba disimuladamente buscando el nombre de mi mamá, pero no lo hallé. ¡Para encontrarlo!, claro, ¡si revolvía las páginas como a una mayonesa!

Yo había oído lo de las torturas a los que desaparecían, ¡y a los que estaban presos también!, al fin y al cabo a mi viejo en la cárcel, los hijos de puta de los represores le habían arrancado tres uñas del pie para hacerlo "cantar", como decía Rogelio, y delatar a no sé quién que era un dirigente gremial muy buscado por los militares. Luego de eso le vino la infección que finalmente lo mató.

Rogelio me lo contó pero me hizo jurar que no le diría a la abuela que lo sabía. Una vez me confió entre varias cervezas y mil lágrimas, que para torturarlos lo tuvieron a él, junto a otro detenido que era diabético, cinco días sin tomar agua, y que en su desesperación el compañero de infortunio le suplicó que meara en su boca para poder, al menos, beber la orina. Rogelio para ayudarlo, cerró los ojos apretándolos fuerte para no creer lo que estaba pasando y retorció la vejiga más allá de lo que podía estrujársele el alma. Yo antes imaginaba que aquél era un cuento alcoholizado de broncas y cerveza, porque Rogelio cuando se chupa ¡habla cada macana!, pero ahora que escuchaba lo que estaba contando el profesor, mi sorpresa tomaba un sabor a alivio: por allí había gente que podía

entender lo que a mí me sucedía, ¿habría a quién preguntar sobre mi mamá aún?

Algo había escuchado de esas asquerosidades de la dictadura. Sabía lo de mi papá, lo había visto muerto, lo habíamos enterrado, yo visitaba su tumba cada fin de semana, pero de mi vieja, ¿qué había sido de mi mamá? No se podía haber esfumado en el aire. ¿Dónde se la llevaron, qué había hecho, por qué me había dejado? De ella sólo tenía fotos, una historia siempre inconsistente de la abuela, las miradas interrogantes del tío Hugo, y aquella odiosa sensación de abandono recordando esa noche cuando mamá se fue y me dejó librado a mi suerte adentro de un canasto de ropa sucia. ¿Por qué mi mamá me habría hecho algo así? Me dijeron una y otra vez que la habían secuestrado los militares, pero yo no entendía cómo podía ser.

Para mí fue un verdadero descubrimiento ese informe. ¿Por qué nadie me habría hablado sobre su existencia? Jamás imaginé que a tantas personas les había pasado lo de mis viejos. Hasta ese día yo creía que lo ocurrido a los míos era lacra privada, un secreto bochornoso e inconfesable, algo así como tener un enfermo de SIDA en la familia.

¿Mi abuela Esther estaría enterada de este libro?

Me surgieron muchas preguntas, pero no quería que nadie en el colegio me viera interesado con ese informe de la CONADEP, no fuera a ser que se dieran cuenta que yo tenía algo que ver en aquel asunto. Así que cuando un compañero me pidió el libro para hojearlo, se lo entregué sin demostrar que en realidad quería llevármelo para leer en casa, me hice el *amiqué mimporta* y me concentré en los labios del profesor que se movían al compás de su trágica

música, mientras yo tarareaba en mi mente ... "Estoy muy triste y solo acá en este mundo abandonadoooo... tengo una idea, es la de irme al lugar que yo más quieraaaaa... Con mi balsa, yo me iré anaufraga-aaar... a naufraga-aaar..." que dice mi abuela era la canción de Los Gatos preferida de mamá y que a mí ¡me encanta!

La abuela Esther opina que además de la sonrisa, heredé de mamá el mismo estropeado y desorejado gusto por la música.

¡Qué va'cer ! ¡Las viejas no saben nada!

IV

Jorge, el constructor de celestes

*"El hilo escribe sin parar
que el mundo está por estallar
y los demás en la oficina
... por nada.*

*Pero el amor es más fuerte...
pero el amor es más fuerte."*

Ulises Butrón

Ana y Jorge se casaron como Dios manda, sin la bendición de mamá Esther, y en contra de todos los ritos revolucionarios de la época: por civil y por iglesia.

Jorge estaba un poco avergonzado de haber cedido a tales ritos burgueses, porque a él, no le hacía falta un papel oficial para

amarla hasta donde se pierde el horizonte, y la primera religión que conocía era la de haberse enamorado de Ana.

Con la iglesia tenía ironías pendientes en busca de algunos por qué si Cristo vivió entre los pobres, el Papa lo hacía entre los brillos del Vaticano, por qué los cristianos encendían lu-

ces de fiesta en Navidad si morían niños de hambre y abandono todos los días.

Pero el amor lo tenía a mal traer y le jugaba escondidas a los ideales. Así que hizo *piedra libre* a su ortodoxia pensando que por nada del mundo iba a perderse la entrañable sonrisa de Ana diciendo "te quiero", y salió a pedir un traje prestado, pagó los honorarios del cura por una boda con alfombra y flores, y voló al altar a besar a la novia, esquivando los lagrimones de la suegra que lo veía como al mismísimo demonio.

Él siempre había odiado los alardes de los vestidos de novias. Le parecían disfraces almidonados de hipocresía, llenos de cursilería brillante y sin sentido; los veía como trapos de fiesta que hacían gala y despliegue de pura virginidad desvergonzada. Sin embargo aquel día de su boda, le pareció presenciar cómo la luz que irradiaba

Ana, en su traje de tules y puntillas, le desgarraba las entrañas para instalarse definitivamente en su retina, en sus instintos y en su alma.

Jorge había sido siempre un tipo solitario, sin familia, curtido por la orfandad de afectos.

La rebeldía había escrito historias de callejón y supervivencia sobre las películas de su piel, y como en un empecinado culebrón, fue el niño desamparado, alumno rebelde y prototipo de joven sin futuro queriendo noquear al destino.

Jorge conocía la miseria y la injusticia con el estómago, pero había echado callos en las manos y en el alma para inmunizar el agudo punzón de sus venenos. No había llegado a conocer a su madre, y su padre, un trabajador golondrina, rudo y parco, vivió resistiendo a la viudez con un hijo no querido a cuestas.

la sólo por complacerla.

Jorge creció peleándole a la vida cada centímetro de olvidos. Trabajó como peón, como albañil y luego como maestro mayor de obra para pagarse los estudios nocturnos a escondidas del reloj, hasta que se recibió de arquitecto, a los veinticinco años y en contra de todos los pronósticos sociales.

Con el título bajo el brazo y ya sin la señorita Mercedes para festejar sus logros, se dedicó a diseñar clandestinamente cielos urbanos sin cables, donde los barriletes pudiesen volar a sus anchas; ideó plazas para pájaros, fuentes con playas y olas donde asolear la mufa ciudadana; planeó escuelas sin paredes, fábricas y universidades con ventanas abiertas y palomares en las azoteas, viviendas populares y barrios obreros para ser levantados cooperativamente.

Jorge creció por generosidad ecológica, como la hierba mala. Su familia fueron los amigos del barrio, y su escuela, la calle. Sólo la maestra de primer grado, la señorita Mercedes Salum, le enseñó la cara del afecto y de una vida casi familiar, recogiendo al huérfano como a su alumno predilecto durante toda la primaria.

Por las tardes, invitaba a Jorgito a estudiar y a tomar el té en su casa. Luego, con su noble voz de medio madre y medio actriz, le contaba cuentos de reyes y princesas haciéndole creer en los finales felices. La señorita Mercedes fue su primer amor, tal como lo prescribe la ley infantil; sólo se enojaba con él cuando le llevaba de regalo unos cuantos claveles robados en un cementerio cercano como prenda de amor eterno, pero volvía a sonreírle cuando el niño le mostraba las excelentes calificaciones que sacaba en la escuela.

Era un constructor de ilusiones. Estaba convencido de que el mundo podía cambiar; todo era cuestión de proponer nuevos modos de repartir las riquezas. Y cuando en su vida todo era pelear contra los opresores, apareció Ana con su remanso de sonrisas y con sus brazos de sauce llorón a acariciar su río de olvidos.

Ana puso una inyección de ternura a su vida de luchas, protestas y sindicato.

Con unos cuantos besos, le enseñó cómo despertar con una sonrisa sin chiste previo y cómo desoír el reloj para no abandonar su piel. Le reveló los secretos de una vida en familia, cómo andar caminando a fuerza de suspiros, dónde guardar la nostalgia de la última noche de amor, y le cocinó el mejor de los manjares: le dijo que iban a tener un hijo.

Ese día Jorge lloró con llanto insospechado, para

afuera, "como los maricas", diría su padre de la casi inexistente infancia, censurando sentimientos con un castigo cada vez que de niño venía envuelto en lágrimas del potrero por un penal injustamente cobrado. "Llora si tienes ganas", le diría la señorita Mercedes, y él lloró de emoción.

Jorge abrazó a su esposa para disimular lágrimas y Ana tuvo que obligarlo a aflojar sus tenazas desconcertadas de sorpresa, por temor a que la asfixiaran.

Más que nunca, Jorge se sentó frente a su tablero a diseñar un mundo mejor. No quería que su hijo conociera los coletazos de la injusticia y la angustia del sudor que no alcanza al almanaque, ni que se comprara todas las tandas publicitarias del consumo.

Él soñaba para su hijo un mundo con tiempo y lugar para ser escuchado, con tiempo y lugar para ser lo

que debiera ser, con lugar y tiempo para el amor, ese amor que él mismo había descubierto y le resucitaba a cada instante sus convicciones. Y como no era mucho pedir, salió a reclamar y a luchar más que nunca por lo que quería.

La panza de futuros aumentaba su volumen de esperanzas, mes a mes.

En diciembre Ana comenzó con los dolores de parto y Jorge, mitad aterrado y otro tanto en éxtasis, no se movió de su lado hasta que vio cómo por entre las piernas le florecía un milagro.

Apenas pudo controlar el terremoto bajo sus zapatos, cortó con ayuda del obstetra el cordón umbili-

cal de esa nueva vida.

Tomó luego al niño con sus manotas que aprendieron, en ese instante, a distinguirse de las tenazas, y sintió que llorar para afuera era más de hombre que muchas de las cosas que había hecho en su vida.

Con su rociador desbordado de ternura abrazó al hijo, lo besó, lo regó de susurros "mi bebé, mi hijo, mi bebé" ajustándolo a su corazón; y luego lo colgó al pecho de Ana para desmayarse, sin vergüenza, ante la mirada risueña del médico y la enfermera.

Ese diciembre, en aquella sala de parto, Jorge vivió su propia Navidad y se le encendieron todas las luces en el alma.

V

Con la carpeta hasta el cuello

*"No quisiera vivir en escapada,
no me fuera posible aunque quisiera.
Yo soy un hombre de la madrugada,
comprometido con la luz primera."*

Rafael Alberti

¡A la de Psicología la voy a curar con expedientes de su propia cosecha! ¡Va a reventar en su propia salsa!

Nos exigió una monografía sobre un tema de actualidad donde apliquemos el método científico de análisis, con planteo de situaciones problemáticas y la formulación de hipótesis. A mí especialmente me amenazó con el dedo índice, argumentando con su voz de jarabe, que si mi monografía no estaba para un diez, directamente me mandaba a rendir Técnicas de Estudio a marzo. Vociferó que no iba a perder un minuto más de tiempo conmigo que le discutía hasta el aire que respiraba, mientras mis trabajos prácticos eran un verdadero mamarracho.

¡Mamarracho, ella!

Al principio se me acalabró la yugular pensando en que tendría que perder mi tiempo en esa pavada, pero después me acordé de lo que siempre me dice Rogelio sobre el destino: "no hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es"; y en el camino del colegio a casa empecé a perfilar la revancha.

Listé en mi mente los valores más preciados por la profesora de Psicología: las carpetas, la educación, sus alumnos. Me situé en posición de investigador y pensé en cómo demostrar tanta *taradés* recitada durante todo un año, con horas extras incluidas.

Pensé luego: "¿qué es lo que más me molesta de la escuela?"

Repentinamente vino a mi cabeza lo fastidioso y pesado que me había resultado desde chico cargar tantas mochilas, carpetas y libros. Siempre de casa al colegio y nuevamente del colegio a casa. Día tras día. Desde edad de guardería hasta la secundaria, lo que suma, aproximadamente, la involuntaria colección de quince años de mi vida. Todos ellos llevando a costas cuanto útil escolar se le antojó a mis infinitas maestras y profesores, cuando no a mi abuela, en su inagotable propósito de desburrarme. O sea, y haciendo un simple cálculo porcentual de opresiones, he pasado casi el ochenta y cinco por ciento de mi vida portando tanta humanidad papelera como para reinaugurar la biblioteca de Alejandría.

Siempre pienso que quien sentenció que *el saber no ocupa lugar*, jamás cargó libros y carpetas en su vida, o por lo menos no iba a las escuelas de ahora.

Cavilando todo esto, llegué a casa y me senté frente al

procesador de textos a borronear el proyecto de trabajo.

La abuela, totalmente sacada de libreto y sorprendida por mi actitud de estudiante ejemplar, no sabía si traerme la leche chocolatada con tostadas de todas las tardes, o el termómetro para medirme la fiebre.

Cada vez que la pillaba espiando a mis espaldas el monitor de mi computadora, cambiaba de archivo y me ponía a jugar al Shanghai. No es posible que uno no tenga intimidación ni siquiera cuando prepara una contundente celada.

¡Ya va a ver la vieja de Psicología!, no se imagina el tema que se me ocurrió para escribirle su preciosa monografía.

Revolví todos los apuntes que nos había dado durante el año y encontré uno sobre la evolución del desarrollo de los niños hasta llegar a adultos, que había escrito ella y se lo habían publicado en no sé qué revista de educación. Me pareció perfecto para plagiarlo, o mejor dicho, como me corrigió el tío Hugo luego, para trabajar encima de ese texto. En realidad lo adapté a mi conveniencia.

Subrayé todos los términos *psicologeros* que hallé por los interminables papeles, papelitos, folios y artículos que la profesora nos había fotocopiado concienzudamente para explicar, una y otra vez, cómo la psiquis no sé cómo se comprometía con qué sé yo qué del desarrollo emocional y traía qué sé cuántos conflictos, intolerancias al fracaso y complejo de edipo, que no sé de qué modo a lo largo de la evolución uno terminaba internalizando por imitación de no me acuerdo qué conductas tipificadas de las figuras parentales significativas, que ésas sí creo que se referían a la de los padres. Y aunque no entendía muchos de esos términos, a pesar de averiguar por ellos en el diccionario, los seleccioné porque me parecieron lo suficientemente

estrafalarios e impactantes como para ser usados en mi trabajo... ¡y en su contra!

Busqué además, unos libros de educación que me prestó una vecina maestra, lo interrogué cien veces al tío Hugo para que me ayudara a aplicar esas palabras difíciles que le darían a mi trabajo su definitivo e irrefutable aspecto de seriedad académica, y aunque él me sugirió que le parecía que se me iba la mano con el tonito burlón que usaba, finalmente se sentó a mi lado a socorrerme y terminé la monografía a mi antojo como a la medianoche, para ser presentada al otro día.

Monografía:

Tema: CON LA CARPETA HASTA EL CUELLO

Miles de personas desfilan por la ciudad portando una carpeta empachada de notas, certificados, volantes, planes, proyectos, registros y/o estupideces por el estilo, con la certeza de que paseándola como fieles peregrinos de la burocracia, se hallarán redimidos de olvidarse de algo.

Si existiera un tipo de instrumento o lente detector de carpetas que permitiera verlas independientemente de quien las carga, sería imposible restablecer nuevamente la correspondencia directa en-

tre el objeto en estudio y el sujeto involucrado. Serían millones de voluminosas o delgadas, plásticas o acartonadas, negras o coloridas pero infinitamente carpetas, deambulando por el espacio urbano.

Sentado en la vidriera de la impotencia estoy reflexionando sobre la génesis de tamaño hábito inconsciente y absurdo. Y aplicando el riguroso y no menos temido método científico, me pregunto inicialmente qué es una carpeta, con intenciones de contextualizar el análisis.

Rastreando nociones previas podría decirse que *una carpeta es un objeto que si bien puede presentarse con diversas características estéticas y funcionales, es siempre e irremediabilmente de formato rectangular, se usa para cargar menesteres afines a un propósito indescifrable, y se manifiesta obcecada y kinésicamente dependiente a que algún humano la porte.*

Definido operativamente el elemento en cuestión y siguiendo con el rastreo de esquemas relacionantes, se descubre que históricamente, desde que uno es humano en estado de autoindefensión a merced de voluntades ajenas (léase *infancia*), y le cuelgan al cuello la obligación de alfabetizarse en aras del progreso y el desarrollo, comienza la relación intrínseca entre el objeto de estudio y su futuro y eterno portador.

Esto corrobora la primera hipótesis: *andar con la carpeta bajo el brazo es un hábito adquirido y no congénito como pareciera a simple vista.*

Transitando los carriles selectivos de la me-

moria, se asocia directamente el objeto en estudio con aquella primorosa bolsita de la merienda para la guardería, cabe consignar que rectangular también ella y con idénticas funciones a las atribuidas en la definición operativa ya expuesta.

Así, desde la más tierna infancia, se experimentan los primeros contactos con la noción de que es absolutamente imprescindible andar cargando además de la propia humanidad, los elementos que la constituyen en una bolsita, único continente capaz de garantizar en tiempo y forma la provisión de toallita, jabón, vaso, comidas, pañuelos, chupetes, ositos, pañales y cuanta cosa se le ocurra al progenitor y/o tutor de uno.

Este accionar habilita la segunda hipótesis: *el uso precoz de objetos portadores de enseres pseudo-necesarios, contribuye a establecer reforzadores de futuras conductas obsecuentes.*

Cuando el mérito de la edad legitima al sujeto a ingresar a la escolaridad primaria, el refuerzo se carga. La primitiva bolsita se permuta por un portafolios, o su versión más reciente, "la mochila", desbordante de cuadernos, libros, lápices, colores, pegamentos, útiles y demás afines, apareciendo así nuevos y más sofisticados elementos de supervivencia escolar con idénticos propósitos: ser portados por las dudas algo importante se presente.

Al arribar a la pubertad llega también el referente más similar al definitivo. El ser humano *adolescente* de vida, se ve presionado socialmente por sus pares a abandonar el uso de la mochila por considerarla un atributo relativo a la niñez (estado abo-

minable si los hay, por lo menos a la vista de un púber con ganas de no ser acosado por hermanitos, vecinitos, primos y etcéteras). Así el sujeto comienza a organizar los modos posturales más cómodos y eficaces de andar por la vida llevando y cargando carpetas al divino botón, tamaño prócer claro está, harto más pesadas en volumen y contenidos curriculares que los inocentes cuadernitos de la primaria.

Así aparece la justificación de una tercera hipótesis: *portar la carpeta agiliza la coordinación motora - postural para inclinarse hacia cualquiera de los lados posibles de apoyo.*

Con la columna vertebral zigzagueante, al sujeto en búsqueda de legítima civilización lo sorprenden los estudios superiores con su remanida cuota de carpetas y más carpetas, ahora rectangularmente oficio. Folios, panfletos delirantes de ideas, notas, apuntes, periódicos clandestinos, fotocopias ilegales, libros propios y ajenos. Todos cargados con la habilidad desarrollada desde la más tierna infancia y las destrezas aprendidas fotomecánicamente durante el transcurso del proceso de educación en el que por obra y gracia del mecanismo de premios y castigos, se fue adquiriendo la inconsciencia de andar por la vida portando una carpeta "por si acaso" pudiera uno conquistar un status culturoso.

Porque como todos saben (y aparece aquí la cuarta hipótesis): *una insignificante carpeta connota ideológicamente la pertenencia del portador a alguna de las muy variadas y no menos ridículas clases intelectualizadas.*

Siguiendo con este análisis, todo haría supo-

ner que la colación de grados del sujeto en cuestión enterraría definitivamente el carpetístico hábito contraído y para el cual aún no se ha creado vacuna eficaz de inmunización. Pero no, no es así, el sujeto teosóficamente educado y formado para servir a la sociedad, y con suerte y viento a favor acceder a su automantenimiento, sigue con la carpeta bajo el brazo de aquí para allá. Esto nos lleva derechito a confirmar la quinta hipótesis: *la carpeta es un mal necesario.*

Dónde sino puede uno portar sus esperanzas de conseguir trabajo con un certificado de estudios que garantice el haberse pasado la cuarta parte de la vida estudiando. Dónde más que en una espectacular carpeta con folios curricularmente ordenados que nadie leerá con la misma dedicación y sudor con que se forjó, pero que será tanteada en peso y volumen a la hora de asignar un puesto que no halló antes un dedo acomodador, o al momento de depositarla en una estantería para menú de las ratas y cucarachas del lugar, destino final de tanta panfletaría botona de obra y milagros de un pobre tipo o tupa.

Si se considera que sólo estos repugnantes seres (las ratas y cucarachas, ¡claro!) sobrevivirán al indeseado momento de una explosión nuclear; y teniendo en cuenta que cada humano ilustrado hace y SE hace a través de una carpeta, aportando así a la manutención y preservación de las únicas especies superiores (sigo hablando de ratas y cucarachas), es fácil arribar a una triste y no menos sencilla síntesis parcial: *siendo la carpeta un mal necesario que connota ideológicamente tendencias intelect-*

tuales a optimizar conductas obsecuentes, es necesario reforzar la adquisición del hábito de portarla y engordarla a fin de favorecer la toma de posiciones hacia donde los puntos de apoyo lo indiquen, contribuyendo -de paso- a la preservación de ratas y cucarachas, únicos seres capaces de sobrevivir en este planeta naufragante de pseudo-necesidades, átomos nucleares y burocracia.

Llegado a este punto del análisis, para cualquier humano con un C.S. (coeficiente social) no inferior a la media, será fácil admitir conmigo la siguiente conclusión: *el S.XXI nos encontrará con la carpeta hasta el cuello, pero flotando.*

Alumno: CAMILO JUÁREZ

A los tres días, el trabajo volvió a mis manos con la siguiente consigna: "Excelente monografía, alumno Juárez. Un poco irónica, pero exactamente con los pasos que quería que aplicara en el trabajo. ¿Qué tal si con el mismo método, y para un segundo trabajo práctico sobre Técnicas de Estudio, investiga este tema: LAS RELACIONES FAMILIARES VISTAS DESDE UN ADOLESCENTE"?

¡Sólo a ella, una psicóloga especialista en meter el dedo en la llaga, se le podía ocurrir ser tan inoportuna!

Me conformé con el nueve que me puso y recordé nuevamente, a modo de calmante, lo que siempre decía Rogelio: "No hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es". Entonces me dediqué a pensar en la historia que inventaría, explicándola con científico método, sobre la vida de mis padres y de mi familia.

VI

Irresistible libertad

*"Una sombra se marchita en el agua.
Tu pulcra desnudez ya no está sola.
¿Es que sientes cómo nace en tu entraña
la acidez de la muerte?"
Malicha Leguizamón*

Con lustrosos 18 años y el mejor promedio de su secundaria, Rogelio había ingresado a la Facultad de Ingeniería con los bríos de un pura sangre y con su morena cabeza llena de ideas revolucionarias.

Desde niño las había aprendido de su padre, un tano embravecido por la libertad, que había velado sus sueños de cuna cantándole la marcha de los parti-

sanos.

Rogelio cursaba su primer año de carrera distribuyendo el horario entre volantes, apuntes, bibliotecas, militancias y amores con Marina, la secretaria de prensa, con quien salía desde que la lista de ambos había ganado el Centro de Estudiantes.

El Centro luchaba por defender la universidad pública; su objetivo era ga-

rantizar futuros ingenieros que estuvieran *"al servicio del pueblo y no de un grupo de poder cuya única meta era la de seguir explotando al país, robándole sus posibilidades de independencia tecnológica"*.

Aquel día Rogelio estaba sentado en la penúltima fila del aula magna frente a su examen. Se concentraba en la calculadora. Quería aprobarlo con la mejor nota y mantener el promedio más alto del curso.

Las matemáticas eran su pasión desde pequeño. En la primaria, gracias a ellas, siempre había sido abanderado. En la secundaria ganó las olimpiadas matemáticas dos veces. Ahora en la Universidad no podía ser menos.

- ¡Dale Lelio! -así le decían los amigotes de la facultad a Rogelio para despistar a posibles botones- ¡Dejá ya ese examen y andá de una vez por todas abajo!

- ¡Apurate loco, Manolo necesita tu ayuda! ¡Terminala con este parcial, se viene la yuta a limpiar el Centro de Estudiantes y nos levanta a todos! -le gritaba clandestinamente el Gringo, que era el presidente del Centro de Estudiantes.

Lelio, con su cuerpo aún adolescente y en ebullición, se acomodó nervioso el flequillo rulado tras las orejas pues la misión encargada no podía fallar y todavía le faltaba un cálculo para terminar su evaluación. Decidió dejar pendiente los números; la causa era más importante y demandaba exactitud en las pasiones. Además sólo le faltaba un ejercicio y le sobraba calificación para la promoción; no podía ser tan obsecuente con el sistema, según lo amonestaba el Gringo.

Los uniformados habían empezado a parapetarse en la puerta de entrada de la Facultad.

Rogelio salió encorvado, con la mejor transparencia que logró entre las sombras del aula magna y los cuchicheos de los que se copiaban fórmulas escondidas en ruedos y remeras. Una vez fuera del salón, corrió a bajar a trancos los escalones que separaban el primer piso del sucucho del Centro de Estudiantes.

Pisadas presurosas de botines corrían escaleras arriba para impedir que los estudiantes huyeran despavoridos sin pasar por su requisita de documentos, donde seguramente separarían a los melenudos. Tener pelo largo era innegablemente subversivo.

Rogelio llegó a la sede del Centro de Estudiantes agitado y sin sangre. Apenas lo vio, Manolo se trepó a un pupitre y, con un solo y ajustado salto, se montó sobre sus hombros. Habían practicado la pirueta en infinidad de manifestaciones, partidos de fútbol y recitales. Rogelio

lo cargaba solidariamente, pues si no lo hacía, la estatura de Manolo no sólo le impediría ver qué pasaba sobre el escenario, sino que lo exponía al serio peligro de morir pisoteado como una hormiga.

Eran amigos desde el segundo año del bachillerato, cuando el rock aún no era ruido latoso de hippies ni música de *pequebúes*, como les decía el Gringo insultándolos con el mote de "pequeños burgueses".

Ellos, a pesar de este tipo de comentario revolucionario, y enfundados en sus camperas de cuero, no se perdían un solo recital de las bandas pesadas; pero aprendieron junto al ABC del socialismo, a sintonizar con el oído izquierdo el folklore de vanguardia y las canciones de protesta.

- Dale Lelio, estirate más que casi llevo -decía Manolo mientras, sin reparos y a puñetazos, desmantelaba el cielorraso de telgo-

por que hacía las veces de entretecho y guarida de trofeos en el Centro de Estudiantes.

Ocultos en puntos estratégicos, el Gringo y Marina comandaban las tácticas de escape.

Desde el primer piso del edificio se descolgaban los gritos, las órdenes pidiendo identificaciones y los desbandes de estudiantes queriendo zafar el cerco de policías.

Con sumo cuidado, una por una, como si manipulara una bomba a punto de estallar, Manolo empezó a sacar del entretecho las *Obras Completas* de Marx, un mimeógrafo desarmado de procedencia cubana y una pistola calibre 22 que el padre de Rogelio les había prestado "por las dudas tengan que defenderse".

Estos tres elementos constituían el poderoso patrimonio revolucionario y el arsenal con el cual los

compañeros del Centro de Estudiantes se preparaban para resistir la intromisión de las botas en la vida universitaria, la cual sería del pueblo o de nadie, según rezaba el empaquetado de utopías de la Facultad de Ingeniería.

Rogelio era demasiado robusto para pasar inadvertido en un operativo comando de limpieza como el que tenía en frente aquel día, pero como un revolucionario se medía por sus garras, sin sombras de reparos, se escondió la 22 entre la camiseta y los vaqueros, y cargó las *Obras Completas*, forradas con un papel amarillo con dibujos del submarino de Los Beattles como único camuflaje.

Manolo por su parte, ocultó entre sus piernas las piezas más grandes del mimeógrafo, y a las restantes las ajustó a la espalda con el cinturón bajo la campera de jeans y el poncho borra-vino, al mejor estilo de gaucho salteño.

El Gringo caminaría a la retaguardia y silbaría un conjuro de señales, custodiando a los valientes portadores de trofeos. A su vez, Marina cubriría al Gringo en una acción de espía.

Por si todos los hombres de la misión caían en una certera redada de fichas de dominó, ella debía hacer de observadora para correr en búsqueda de ayuda legal, política, familiar, o de cualquier tipo, ante una emergencia.

El operativo partió a la hora justa.

Como si se fueran a revisar ingenuos apuntes en el bar de la vuelta, salieron Rogelio y Manolo de la Facultad con su preciado y peligroso cargamento. No llamaron la atención, porque lo hicieron por la puerta de servicio de la casa del portero, que ni siquiera sospechaba que los muchachos del Centro, en un trabajo de inteligencia im-

pecable y enamorándole a la menor de sus hijas, habían plagiado una copia de las llaves de las cerraduras de su casa, también ubicada en el subsuelo.

Cuando los jóvenes salieron, otra brigada de la policía estaba atrincherada en la esquina, esperando órdenes de sus superiores para allanar el Centro de Estudiantes.

-QR4... QXT... QR4... -sonaba la radio del patrullero. "QXT positivo, QR4 negativo", contestaban los uniformados mirando como caranchos en pie de caza a todo el que pasaba.

Cada joven, cada profesor, cada expediente, cada examen, cada volante, cada idea escondía a un "imberbe, imbécil, terrorista y repugnante guerrillero".

Entre las cortinas del miedo y las de la tarde -que caía rutinariamente sin siquiera enterarse de las sospechas que despertaba al encender su sub-

versivo horario- caminaban aquellas figuras: la de Rogelio esbelta y pausada, la de Monolo baja y pendenciera, ambas en una armonía de ideales, a tono con el rojo y sepia del atardecer.

Pasaron frente a la policía y a sus monosilábicos alientos. Tras ellos, a media cuadra, el Gringo, y más lejos Marina, seguían nerviosos supervisando la operación.

Pasaron la valla. Los policías ni los miraron. Quizás porque Rogelio y Manolo llevaban el cabello corto.

Recorrieron la avenida que empezaba a iluminarse de intrigas, conversando como si fuesen unos inofensivos y alegres niños saliendo de la calesita.

Nadie los paró ni sospechó. Sólo a Marina le pidieron el documento de identidad y la dejaron pasar luego de algunos acosos y amenazas.

A las seis cuadas, finalmente llegaron a destino: el depósito de la biblioteca de la FECES (Federación de Centros de Estudiantes) que funcionaba a la vuelta del Rectorado.

Rogelio no supo si habían transcurrido diez segundos, diez minutos, diez años, diez siglos, pero allí estaba al fin, oxidando un poco más la vieja pistola calibre 22 con los chorros de transpiración que brotaban desde las vertientes de sus axilas, y que a fuerza de gravedad y por presión del agua, se deslizaban como en tobogán desde las ingles.

Manolo entró al depósito casi corriendo y le indicó a Lelio que lo siguiera. Por atrás, con sendos silbidos y contraseñas, llegaron el Gringo y Marina.

Sin hablarse, se dirigieron decididamente a un salón contiguo, íntegramente descascarado. En un rincón oscurecido por la falta

de luz y el desuso, como clandestinos autómatas, los jóvenes movieron unos cajones, que a modo de pantalla de distracción, ocultaban una puerta que conducía hacia un sótano.

Una vez abierta, Manolo y Lelio miraron a sus alrededores y luego ingresaron a descargar sus transgresoras encomiendas, sin decir palabra. El Gringo y la muchacha seguían haciendo campana, espiando cada movimiento e informándolos con sonidos y gestos.

Una vez desembarazados de su misión, los cuatro salieron por distintos lugares y se reencontraron a dos cuadras del lugar, tal como lo preveía la cita.

Ya a salvo y a la intemperie, Marina, que había seguido el operativo sin perder una pisada, saltó al cuello de Rogelio prendiéndose en un abrazo seductor que más allá de ahogarle la transpiración, le

encendió un renovado y conocido sudor.

Manolo sonrió:

- ¡Eh! no coman delante de los pobres -dijo guiñándole un ojo a su amigo y se fue riendo al encuentro del Gringo, que lo esperaba en la esquina de enfrente.

Lelio, acariciando la espalda de su chica, forzó una despedida ante Manolo argumentando que tenía un compromiso pendiente con Marina para enseñarle unos logaritmos que ella no entendía, mientras la seducía con una mirada pícaro y galanterías secreteadas:

- *"Hay que desconfiar siete veces del cálculo y cien veces del matemático"* -le susurraba en el oído remedando el acento árabe de Malba Tahan, mientras invitaba a su morena compañera a desafiar la irreverente adolescencia de la noche.

- Amorcito -le dijo guiñándole un ojo y acentuan-

do prioridades.

- Primero tenemos que repartir estos volantes acá a la vuelta, en la Escuela de Ciencias de la Información ¿ya te habías olvidado? -le recordó Marina mientras desenvainaba de su bolso un manojito de panfletos que alertaban contra la intervención que se avecinaba en la Universidad.

- Después vamos a mi departamento, estudiamos un rato y si te portás bien, te preparo unas salchichas con huevos fritos. De postre, te doy una sorpresa ¿sí? -le susurró besándole una oreja.

Él la correteó unos pasos demandando la revelación de la incógnita. Ella lo esquivó jugueteando hasta terminar acorralada entre el umbral de un zaguán y sus jóvenes brazos. Allí se besaron sin pausas ni cumplidos.

- Acabemos de una vez con estos volantes y nos vamos a casa... -le recordó

ella con los últimos alientos de voluntad.

Lelio y Marina se acomodaron sin disimulo la ropa, y devolviéndose los manojos de pelos enmarañados en el abrazo, recogieron las migas del deseo y los volantes que se habían desparramado por el suelo a causa de los aprietes.

Una vez recompuestos y decididos a completar su obra revolucionaria del día, se internaron en el bosque espeso de la avenida sin darse cuenta que otro monstruoso "QXT positivo, QR4 negativo" los estaba esperando en el borde opuesto del cemento para devorarlos.

No temieron, al fin y al cabo ya no llevaban encima la pistola del viejo, ni el mimeógrafo, ni los libros subversivos, ni se besaban en público escandalizando a nadie; sólo portaban unos insignificantes volantes, unos inofensivos papeles.

Y tal vez por los apuros de la pasión que desmide siempre las distancias del horizonte, se metieron en la boca de las bestias y enfrentaron con retóricos argumentos de libertad de expresión, la feroz requisita de documentos y justificaciones a la que los sometieron.

Los detuvieron en las puertas mismas de la Facultad, a los ojos de miles de estudiantes y transeúntes.

Los jóvenes enarbolaron sus nombres a modo de escudo y defensa. Manolo y el Gringo ya se habían ido.

Ante la sinrazón corearon: *"Se va'cabar, se va'cabar, la dictadura militar"*. También gritaron las frases que sabían debían gritar: *"Nos llevan los verdugos"*, *"Vamos a pedir un Hábeas Corpus"*. Luego subieron oponiendo resistencia y repitiendo una y mil veces sus nombres con la espe-

ranza de que los oyeran quienes presenciaban el arresto.

Cada uno fue subido a un patrullero distinto.

Se sentaron sobre sus verdes colmillos guiñándose un ojo, sonriendo nerviosos, despidiéndose con el "hasta dentro de un rato" de siempre como cábala.

No tenían más miedo que el que les nacía del coraje y la confianza en la justicia.

Al fin y al cabo ya no llevaban encima la calibre 22, ni el mimeógrafo, ni los libros subversivos, ni se besaban en público escandalizando a nadie; sólo portaban unos insignificantes volantes, unas irresistibles ansias de liberación.

Rogelio estuvo preso en el sur durante siete años, Marina continúa desaparecida.

VII

Nadie muere sin dejar sombra

*" ... y el forastero le había respondido
sin un vestigio de pudor
que no hay gloria más alta que morir
por la patria, excelencia,
y él le replicó sonriendo de lástima
que no sea pendejo, muchacho,
la patria es estar vivo..."*
Gabriel García Márquez

No sé cómo decirle a mi abuela que quiero conseguir ese libro de la CONADEP para revisarlo bien. Pensé justificarme con el argumento de buscar material para el nuevo trabajo sobre la familia que me pidió la profesora de Psicología, pero no me animé, pues la abuela iba a arremeter con un sinfín de cuestionamientos y no la quería alarmar hasta no tener pruebas contundentes. Además lo más probable sería que fuera a la escuela a discutir con la vieja de Psicología, y a reclamarle por qué

me pedía ese tipo de trabajos, si tenía algo en contra mía, y todo su arsenal de justificaciones hacia mi persona. Es un poco exagerada cuando se pone en *apañadora* mi abuela, y yo ya estoy grandecito para estos papelones.

Supongo que si lo que la abuela Esther me contó es cierto, mi mamá debe figurar por alguna de esas páginas. No quiero decírselo hasta no confirmar mis sospechas porque no aguanto verla sufrir.

Seguro ella no conoce sobre la existencia de ese libro, sino sabría más de lo que me contó, y además me lo hubiera mostrado hace mucho.

El profesor de Cívica comentó que cuando se presentó ese informe y se juzgó a los jefes militares responsables del terrorismo de estado, se habló bastante del asunto en la televisión. Incluso nos mostró un video donde aparecían partes del juicio, algunos testimonios, y también los militares culpables que detuvieron, para más tarde indultar.

No sé. Yo no me enteré de nada. Es que era un pibe en esos días. Tal vez fue en aquellas épocas en que la abuela estaba loca contra la televisión, los dibujos animados y las series de los super héroes. ¡Todo lo que a mí me gustaba ver en TV, a ella la sacaba de las casillas!

Que "esto es una porquería", que aquello es "demasiado violento, sensacionalista, vacío de contenido" y no me acuerdo cuántas cosas más decía. Yo, con tal de no escucharla, agarraba la pelota, la camiseta y el gorro celeste con trenzas de la "B", y me pasaba eternas y gloriosas horas en el club de Alto Alberdi. ¡Menos mal que se me daba por el fútbol, porque había días en que creía que cometería un *abuelicidio*!

Espero que en realidad la abuela Esther no sepa sobre

ese informe de la CONADEP, porque si me lo ocultó, he perdido muchos años en buscar a mamá y no se lo podría perdonar nunca. Ella no sería capaz de hacerme eso. No, no sería capaz.

Tampoco se lo puedo pedir al profesor de Educación Cívica porque se va a dar cuenta que estoy interesado y puede sospechar que en realidad mis viejos no murieron en un accidente. Es capaz de adivinar que soy 'hijo de desaparecidos', lo cual produce en la gente una suerte de lástima y repulsión que es difícil de soportar.

Me enferman los que al enterarse me miran con la cabeza inclinada y la sacuden murmurando: "¡Pobrecito! ¡a lo que lo han expuesto esos padres!, ¡porque si se los llevaron, por algo será!"

"Hacía falta mano dura para salvar la patria", y boludeces por el estilo, como si la patria fuera un desfile militar, el himno y la escarapela. El profesor contó que algunos generales argumentaron que fue una guerra sucia entre ellos y el terrorismo. ¿Qué guerra?, si a mi mamá se la llevaron en camisón.

Sucio, ¡claro que sí!, ¡ellos, inmundos criminales! ¡Actuaron bien roñosamente, porque robar y vender niños, violar, saquear casas, torturar con electricidad y tirar gente viva desde aviones al mar, eso sólo lo puede hacer gente que no es trigo limpio! ¿no? Yo creo que no hay ningún "por algo será" que justifique tanta crueldad.

Parece que a nadie le importa un comino que mis viejos fueron los que se murieron: las víctimas; y los malos de la película aquéllos que con uniforme y escarapela secuestraron y mataron sin preguntas ni juicios, ni cortes, ni abogados, ni piedad, ni ley ni nada, sólo por vocación de servicio y cumpliendo "obediencia debida". Porque al

fin y al cabo, los tribunales y las cortes de justicia están para algo, ¿no? Para resguardar y proteger el verdadero funcionamiento de la patria, ¿o para qué, si no? Si mis viejos tuvieron culpa de algo, yo hubiese querido saberlo por boca de un juez, entonces entendería ahora su -¿mi?- condena.

¡Bah, qué sé yo! ¡no sé por qué me quejo! Yo por lo menos estoy acá, vivo y coleando, cargando sus genes, su historia, la voz y la manera de caminar de mi viejo, la nariz y el mal humor de la abuela, el celeste cielo de los ojos de mamá y su sonrisa, según la abuela Esther.

A veces creo que los odio por haberse dejado llevar, sobre todo a mamá que se fue sin avisarme y me dejó en aquel canasto. Pienso que mis viejos no tenían derecho a hacerme lo que me hicieron, a morirse con tan descuidada valentía, pero otras veces los entiendo porque a mí también me revienta que cualquier boludo quiera decirme y obligarme a hacer lo que no quiero, y al igual que a ellos, me enferma la injusticia. Entonces los perdono y recuerdo, casi como una canción de cuna, que ellos no me hubieran hecho esto si hubiesen podido evitarlo.

Además, ahora que soy grande sé que nadie se muere sin dejar sombra.

Lo que estoy seguro de no perdonarles nunca en esta vida -ni en las futuras si las hubiese- es que me llamaran Camilo.

La abuela dice que me lo pusieron por el escritor Camilo José Cela que a mamá la hacía reír horrores con sus irreverencias.

El tío Hugo sostiene que mi nombre surge de la metamorfosis de las palabras mágicas con que mamá actuaba sus juegos de niña; pero dice que son secretas, que aún no puede decírmelas, que son como cábalas para

milagros. Pobre tío, a veces creo que cuando la abuela lo llama "loco delirado", un poco de razón tiene.

Todas las noches, cuando chico, yo fantaseaba esas palabras esperando el susurro de aquella sonrisa de sapo que se colgaba por las sombras de la ventana hasta que el sueño me arremolinaba en su pañal de misterios: CAnción - MIlanesa - LOro..., y nada, ningún milagro ocurría. CAstillo - Miedo - LObo... hasta que el sapo me tragaba y el sueño me rescataba. A veces nos entreteníamos tardes enteras con Diego, mi mejor amigo, tratando de descifrar el acertijo de mi nombre, buscando en el diccionario las palabras más estrafalarias. Aún recuerdo: CAmbujo - MÍramamolín - LOcho...; otras veces lo componíamos con palabrotas: CArajo - MÍerdolaga - LOhorta (las inventadas eran las mejores).

Creo que la versión de Rogelio es la más sensata: a él le parece que me llamaron Camilo por un tal Camilo Cienfuegos, a elección de mi viejo.

A mí no me importa. Así hubiese sido por el Papa o por el presidente de los Estados Unidos, Camilo es un nombre de mierda.

A veces pensé en cambiármelo, sobre todo cuando los chicos de quinto grado me decían "Camilo, cara de hilo" o cuando el gordo de la vuelta me llamaba "Cam... cam" como si llamara en inglés a un perro haciendo chasquear los dedos una y otra vez. Un día me agarró cruzado y le metí tantas piñas al gordo, que creo que se olvidó de hablar hasta en español. ¡Me dejó en paz!

Me podrían haber puesto Pablo -como Neruda o Picasso que a mamá también le gustaban- o Jorge como mi abuelo y el viejo, pero Camilo ¡es hediondo! Al fin no me lo cambié. Un poco por costumbre de llevarlo encima

como un distintivo entre Los Piratas de la barra de Belgrano, y otro por darles el gusto a mis viejos que era la única herencia que me habían dejado, por lo menos eso creía entonces.

El tío Hugo me consuela diciendo que podría haber sido peor si me hubiesen puesto Esmerejilberto o Rupancracio o Descándido, y nos matamos de risa inventando nombres espantosos como quien se anima a una payada de chistes de terror. Cuando me siento con él a recordar juegos infantiles hacemos un tuti-fruti de nombres por letras. Uno de los dos repite en voz baja el abecedario, el otro lo para y gana el que es capaz de decir más nombres inverosímiles:

- Interdonato, Ilahabad, Idacio...
- Etrurio, Evaristo, Euclides...

Eso sí, cuando me llaman a mí, ¡me llaman a mí!, y no andan dos o tres dándose vuelta para ver a quién le hablan. ¡Tiene sus ventajas tener un nombre irrepetible!

Ahora se me ocurre que si mamá se hubiera llamado Camila en vez de Ana, yo la hubiera encontrado fácil en el libro del profesor de Educación Cívica.

El tío Hugo prometió conseguirme el informe de la CONADEP. Siempre discuten con la abuela por el tema de mis viejos y por mí como si se disputaran un trofeo o la medalla olímpica a la hinchada de bolas.

El tío Hugo es capaz de cualquier cosa con tal de llevarle la contra a la abuela Esther, así que creo, me lo va a traer.

VIII

Las estrellas de la abuela Esther

*"Pueden jurar que no es verdad
el viejo sueño de volar
pueden guardarte en una jaula
...por nada.
Pero el amor es más fuerte...
pero el amor es más fuerte."
Ulises Butrón*

"¿Desde cuándo todos somos iguales?", se preguntaba Esther tratando de entender las ideas de *igualdad, plusvalía, liberación o dependencia* que planteaba su hija.

"Una cosa es que la Biblia nos enseñe que todos somos iguales ante los ojos de Dios", y otra muy distinta creerse aquella uni-

formidad socialista en boga entre pelilargos y revolucionarios.

"¡Caramba! Están los que quieren trabajar y los que no, los que nacen para mandar y los que no. Es así desde el principio del mundo y lo será hasta que desaparezca. Al fin y al cabo, Dios nos hizo a todos distintos: hombres y muje-

res, blancos y negros, gordos o flacos, lindos o feos, ricos o pobres, y a todos nos acepta en su reino. ¿Por qué contradecir tan celestial designio?"

A cada cual le reservaba un don y un camino de salvación, y el de Esther no era sencillo de transitar. Ella no se quejaba, había aprendido a aceptar los designios del Señor con la misma entrega y resignación con las que enfrentaba, cada domingo, los misterios de la Santa Eucaristía.

Tal vez por su tozuda fe, es que Dios no se cansaba de ponerle pruebas en el camino. ¿Cuántas estrellas en la corona del cielo le estarían reservadas? Primero la muerte temprana de su marido, luego criar a su hija con los peores esfuerzos y en los mejores colegios católicos, ¿y todo para qué?, para que terminara casándose con ese delirante lleno de pájaros desconocidos en la cabeza.

Esther estaba convencida de que ese estúpido idealismo de Ana, en gran parte, era culpa de Hugo, su hermano solterón, medio artista y bastante anarco que vivía con ellas desde que habían quedado solas.

Hugo llegó al funeral de su cuñado para quedarse, con un baúl de historias llenas de aventuras, de amores y miserias que había recogido durante diez años viajando como mochilero por Latinoamérica.

- El destino nos marca a fuego su señal de auxilio -dijo, y se quedó, como un ángel de la guarda, a vivir con Esther y Anita.

Vivían de la despensa que habían heredado de sus padres. Esther se enfermaba cada vez que su hermano se refería al negocio como "el almacén del barrio", porque ella, junto a su marido en vida, con mucho sudor y peleando precios, habían logrado

convertirlo en el 'minimercado' más provisto de la zona, mientras el babieca de su hermano "paveaba y gastaba el tiempo en parrandas".

Hugo atendía "el almacén" escribiendo secretos poemas al oído de las clientas mientras les vendía lo que quería. A pesar de los reproches modernistas de la hermana, usaba como amuleto la misma boina de inmigrante que había sido de su padre. La joven viuda, en cambio, llevaba empresarialmente la contabilidad del 'minimercado', empujando los días para adelante como si el futuro no fuese sólo la línea del horizonte.

Para lo que sí se pusieron de acuerdo siempre, fue para trabajar en contra turno, alternándose en el cuidado de la niña.

Cada cual hacía lo suyo.

Esther llevaba a Ana a la escuela de monjas y el

tío Hugo le completaba a escondidas las tareas escolares con citas atrevidas de los cuentos de Las Mil y Una Noches. Mamá le enseñaba a tender la cama, le cosía vestidos; y el tío la llevaba a la plaza a mostrarle cómo socorrer con los primeros auxilios a los pichones de gorriones caídos de sus nidos.

Hugo siempre tenía contrapropuestas a la vida, podía ver todo a través de un cristal infinito de posibilidades.

Era cierto que le había ayudado con la crianza de la pequeña, pero con tantas pavadas e ideas de libertad, también había estropeado y descalificado cada una de sus órdenes maternas frente a la niña.

Si Esther decía que NO, él preguntaba: "¿qué tal un quizás?"

Si mamá corregía un dibujo porque el sol debía pintarse de amarillo, el tío Hugo salía con que "los

colores no se enseñan, se experimentan", y le daba témperas a Anita para que se embadurnara hasta los pies explorando sensaciones, formas y texturas con las cuales vivir lo amarillo. En esas ocasiones, Esther lo mandaba al reverendísimo diablo y él refutaba con justificaciones teóricas argumentando que se lo había dicho una artista plástica amiga suya y ex-compañera de ruta mochilera; entonces Esther se callaba porque no quería que en su casa se hablara sobre sus amorios ni de su anterior vida de vagabundo.

Cuando las discusiones llegaban al punto en que mamá Esther lo mandaba a la mierda, Ana aparecía recordándole que era pecado decir malas palabras, y Esther callaba bajo sospecha de que  sas, eran cosas que también le enseñaba el tío.

Ana hablaba horas y horas con él a escondidas, eran compinches en todo.

Tal vez por eso había llegado a sospechar que su niña quería más al t o Hugo que a ella, que era su propia madre.

Hugo y Esther discutían por todo, pero especialmente por Ana. Ante cualquier permiso: "s ", decía el uno. "NO", refutaba la otra.

Si le hacía falta algo, " qu  tal si se lo preguntamos a ella?", decía el tío Hugo y la mamá argumentaba que "Anita no sabe aún lo que le conviene"; que "sí"; que "ese muchacho es poca cosa para ella"; que "vos qué sabés vieja metida", y " qu  sabés vos solterón empedernido que no te aguanta nadie!"

El tío refunfu aba entre dientes que "sin sueños la vida no se repara, porque la realidad es una contra de infamias y sólo las utopías desinfectan su herida", pero Esther aún no estaba lista para entender y le gritaba que estaba po-

drida de él y de su filosofía de pelo largo:

-  Viejo ridículo, venir a hacerte el hippie a estas alturas!

Por supuesto que él tenía la culpa de que la hija no respondiera a las expectativas de su madre, pero  justo era reconocerlo!, un poco de responsabilidad también fue suya.

Había exagerado tanto con eso de ir a misa y ser una buena católica, con aquello de la caridad apostólica y la Santa Iglesia Romana, con los ejemplos de Cristo y con poner la otra mejilla, que la pobrecita se había dejado seducir con esas ideas buenudas y socialistas de moda.

 Ja!, pero el novio, ése no era un niño de pecho, ese Jorge sabía bien que era una estupidez peligrosa andar confabulando contra el sistema.

Su Ana no había sido nunca una rebelde declarada, y si alguna vez trajo

ideas locas bajo el brazo, fueron pavadas que por supuesto había alentado el hermano solterón, pero que Esther tenía bajo control. Lo que no pudo dominar fue lo de ese novio, que se sum  a las estupideces del tío Hugo confirmando a Ana que el amor es más fuerte que una yunta de toros.

Al final el tío Hugo se dio el gusto y llevó nom s a Ana al altar, a pesar de que el cura al principio se enoj  con ese padrino que se resistía a confesarse antes de entregar a la novia para el sacramento del matrimonio.  l se hubiera confesado con los dedos cruzados si Anita se lo hubiese pedido, pero el cura no insistí más y el tío Hugo creyó que algo tuvo que ver el hecho de que Jorge hubiese contratado la ceremonia más cara.

Esther llor  más de bronca que por cumplido en la boda de su única hija, pues no podía renunciar a

tantas noches sin dormir imaginando en Ana una película que no protagonizó, ni perdonarle la elección del marido y menos aún su irreverente modo de plantarse frente a ella y gritarle que no iba a vivir en su casa, ni bajo sus principios, ni permitirle que le siga diciendo lo que debía y no debía hacer.

Fue un latigazo oírle decir esas barbaridades, pero lo que le tironeó el cordón umbilical hasta hacerle sangrar la maternidad sobreprotectora, fue ver volar a Ana a su nuevo nido con plumas propias, sobre otras alas y por distintos cielos.

A la larga, no tuvo más remedio que aceptarlo. ¡No le quedaba otra! Se habían casado. Jorge amaba a su hija, Ana estaba embozada con él, y como *Dios aprieta pero no ahorca*, le enviaba maná del cielo: un nieto.

Cuando Esther empezó

a decir para adentro "voy a ser abuela, ¡voy a ser abuela!", comenzaron a sobrarle razones para perdonar a su hija y la familia fue otra vez una familia. Una familia completa de sonrisas y ajoes.

A partir del nacimiento de Camilo, Esther y Ana se reencontraron. Después de todo, una madre es una madre y su hija más que nunca iba a necesitar consejos y muchas dosis de cordura para criar a ese bebé, porque con "el loco del marido que se fue a elegir, ¡mirá que querer cambiar el mundo! ¡Por qué no dedicarse a su profesión y dejarse de pavadas!"

Esther los visitaba periódicamente, y a fuerza de querer entender con qué azules y con qué blancos empapelaban su cielo, aprendió a atar el chiripá de los pañales con el nudo que Ana dibujaba, a tomar los mates amargos de Jorge, a leer sus planos de sueños y hasta comenzó a

comprender sus razones de pájaro. Pero no podía con el genio y lo aconsejaba con dejarse de macanas con la política y el sindicato, cada vez que Ana o el tío Hugo no estaban presentes para retarla.

Camilo crecía y ellos aprendían a no perder las esperanzas de un mundo mejor.

Hasta que un día, cuando Camilo tenía dos navidades cumplidas y una por encender, Jorge fue detenido a golpes y empujones por las Fuerzas de Seguridad del Ejército. Días atrás había firmado, junto a muchos otros trabajadores, un petitorio en contra de la dictadura militar recientemente impuesta, promoviendo un documento intersindical ante organismos internacionales.

Se lo llevaron sin dar razones, sin permiso, sin nada...

Esther quedó paraliza-

da de espanto. El rompecabezas de su familia volvía a desarmarse.

No le alcanzaban los rosarios para rezar tanta injusticia.

Ana, sin embargo, pareció robustecer en su pena y como una leona salió a cazar a las bestias del terrorismo de estado, encarando sin noche sus gemidos, demandando justicia para su marido por todas las cortes, por todos los obispados, por todos los organismos de defensa de los derechos humanos.

Ayudada siempre por su tío Hugo, y por gente solidaria que se sumaba a los reclamos, obligó al dictador militar de turno a blanquear la irregular situación de detención de Jorge, y logró saber que lo tenían enjaulado en una cárcel del sur por intentar "subvertir el orden establecido". Y de tanto aullar buscando razones, hasta consiguió oler su letra y una

caricia en un gastado papel de etiqueta de cigarrillos que alguien le hizo llegar a través del tío Hugo.

Esther, intentando acunar su pena, lloró abrazada a la desolación de su hija.

En la iglesia confesó sus pecados una y otra vez para expiar culpas, hasta que su confesor le susurró que no valía la pena seguir insistiendo, ya todo estaba perdido.

Como si no fuera mucho para ella la brutal detención de su yerno, un año después, las bestias del terror volvieron e invadieron la casa de Ana.

Unos hombres -verdes algunos, con imprecisos disfraces otros, abotinados casi todos- derribaron la puerta de calle y desenrollaron su alfombra de golpes e insultos, con su seco espíritu, con ojos vacíos,

como una manada de dinosaurios arrasando todo con sus enormes patas.

Buscaban a Ana.

Allanaron su alegría y la despojaron de su nido, de sus plumas, de su cielo.

La secuestraron.

Se la llevaron sin decir adónde ni por qué.

Todo lo rompieron, todo lo violaron, todo lo escupieron, todo lo mancharon con su ciego fuego. Todo, menos lo que no pudieron ver porque no tenían alma en los ojos.

Sólo dejaron en pie aquel canasto de ropa sucia con la Navidad oculta en su mimbre.

Sólo quedó Camilo para demostrar que a pesar de todo, como decía el tío Hugo, el amor es más fuerte.

IX

La siesta más calva del mundo

*... "la historia corre atropellando al tiempo,
a veces las cosas pasan fuera de su tiempo
por culpa de la historia..."*

Camilo José Cela

¡Al fin llegó el día! Aunque al igual que la abuela, creía que perdería mi tiempo y mis ahorros, Diego, que siempre era un buen cómplice, me iba a acompañar al teatro a ver al mentalista.

Diego es mi amigo del alma pero desde que se puso de novio con la flaca, su vida es una gelatina amorfa y dulce, ¿y la mía? ¡ni qué hablar! que lo banco cuando miente para volver más tarde de lo acordado con los viejos y encima, como ahora, me dejaba plantado por acompañar a la novia a medirse vaqueros y remeras.

Si no fuera porque es mi amigo de toda la vida, lo tendría que ahorcar.

A Diego lo conocí el mismo día que llegué, o mejor dicho el día que me dejaron en la puerta de la casa de la abuela. Fue la siesta más caliente del mundo. Yo habré tenido algo más de tres años y mucho, muchísimo miedo.

Unas personas que no había visto en mi vida me sacaron del canasto de la ropa sucia donde mamá me había metido para ocultarme cuando esos tipos, disfrazados con trajes extraños, entraron a mi casa rompiendo todo.

Casi como un sueño -o tal vez es sólo una ilusión de caramelo- recuerdo a mamá acariciándome y poniéndome un papel en la mano. Apurada me besó, me dijo algo -no me acuerdo qué, pero entendí que debía quedarme ahí- y me tapó con un montón de ropa sucia. Desde mi escondite de mimbre oía órdenes, golpes y ruido de cosas que rodaban por el piso. Luego un silencio hueco. Ya no escuchaba la voz de mamá, así que me quedé quieto en aquel canasto, el más desolado y sucio del mundo.

Al rato esa gente que no había visto en mi vida me encontró. Yo lloraba como ahogado en una nube, aferrado al papelito que mamá había puesto en mis manos.

Esas personas que no había visto en mi vida me trajeron a lo de la abuela y me dejaron en la vereda. El auto arrancó y yo seguía parado, sostenido por el papel, solo en mi pánico de cuna, sin saber cómo golpear la puerta de la casa de mi abuela.

La siesta estaba calva. Hacía un calor insoportable. El aire quemaba toda sospecha de un poco de agua donde ahogar mis ganas de llorar.

Por suerte por allí jugaba Diego, arrastrando su camioncito amarillo por el cordón del pavimento. Corrió

hacia mí y me salpicó su mirada de juguete.

Lo miré sin saber por qué reír.

Diego insistió con su mueca de calesita y al verme tan asustado, agarró mi mano sin papel y me arrastró a la cochera de la abuela, se trepó a un macetón y tocó el timbre que estaba al lado de la puerta de la cocina.

Él es mi mejor amigo.

Desde aquella siesta, hemos sido inseparables.

Nos complementamos en todo. Él me enseñó a jugar al basquet y yo al truco. Él hacía pis más lejos, y yo le di el primer beso a una chica. Él me pasaba los apuntes para copiar en los exámenes de Literatura y yo le resolvía los problemas de Matemáticas. Diego me ayudó a romperle la nariz a más de uno cuando molestaban por mi nombre y yo le hacía de guardaespaldas cada vez que se hacía el bravucón con alguno que miraba a su chica.

Siempre fuimos compinches, pero la verdad es la verdad: este último noviazgo no le ha sentado bien, ¡está hecho un baboso infernal con la flaca, y a veces me dan ganas de zamarrearlo de los pelos para ver si reacciona! Pero se salva porque tiene el pelo más largo y lacio del mundo, y porque lo quiero como a un hermano.

Para zafar, ese día Diego improvisó una mentirilla ante la Bucha -así le decimos a la abuela cuando necesitamos enternecerla- invitándome a ir al centro a comprar ropa con su novia. La flaca casi se descompone del susto, porque sabe que odio mirar vidrieras, y sólo le volvió el alma al cuerpo cuando le guiñé un ojo.

Yo siempre hice lo que me vino en ganas, pero menos mal que me cubrieron la salida, porque no quería que la Bucha siguiera con la cantinela de que eso del mentalista

es mentira, que no sirve, o cualquiera de sus infinitos consejos. Así que por si acaso, y por las dudas terminase muy tarde mi experiencia de hipnosis, le dije a la abuela que si no volvía no se preocupara, me iría a dormir a lo de Rogelio.

Como era de esperar, ella me sugirió que llevara abrigo. Ya se sabe que uno puede estar muriéndose y una abuela, ante cualquier circunstancia, siempre lo mandará a lavarse las manos o a ponerse una campera. Diego dice que las madres son iguales pero con menos tiempo de entrenamiento y dedicación.

No me hacía falta preguntarle a Rogelio si podía ir a dormir a su casa; él siempre estaba dispuesto a cubrirme las espaldas y me tapaba travesuras.

Creo que él quería parecer ante mí como un reemplazo de mi viejo; ellos habían sido muy amigos en la cárcel. Todo lo que sabía de Joje se lo debía a él, porque la abuela o no conocía bien a mi viejo, o no le gustaba recordar el asunto.

De lo que no me hablaba Rogelio nunca, era de mi madre. Él no la conoció y siempre me repetía lo mismo: que para saber de ella debía preguntarle a mi abuela, como si tuvieran un pacto de silencio; y yo, la historia que contaba la abuela Esther, me la sabía de memoria.

Como Joje no tenía familia, para mí Rogelio era como un pariente. De chico, a veces lo llamaba "tío", y aunque cuando apareció en nuestras vidas mi abuela se resistía a que yo pasara mucho tiempo con él, luego de varias horas de charlas donde siempre mediaba el tío Hugo, le ganamos la partida y una vez, hasta llegó a dejarme ir en carpa con Rogelio a las montañas. Luego hemos repetido esas excursiones como una docena de veces, sobre todo

desde que yo decido por mí y la Bucha tiene que aceptarlo.

Mi abuela nunca supo que, por ir a ver un nido de águila en las Sierras Grandes, una vez rodamos por una cañada como de quince metros. ¡Si se hubiese enterado estábamos fritos, no nos dejaba salir más en la perra vida!

En aquellas expediciones, por las noches, Rogelio me enseñaba a hacer fogatas, y al lado del fuego embravecido de brisa, me contaba cuentos que él mismo inventaba. Historias de aparecidos, de chicos que veían imágenes en las nubes, de duendes traidores, fábulas con truculentos finales. Nada que ver con los cuentitos bobos e insípidos de la escuela que a mí me aburrían y a veces hasta me exasperaban, donde jamás de los jamases pasaba algo realmente divertido, y donde los personajes vivían buenudamente felices comiendo perdices, siendo más bondadosos y saludables que la leche.

Aún me quedo horas escuchando sus relatos; y tal vez, por esa capacidad inmensa que tiene Rogelio de inventar historias donde pasa de todo y cualquier aventura es posible, es que a veces tengo la impresión de que las cosas que me cuenta en raleadas ocasiones, sobre todo cuando lo dejo sin escapatorias preguntándole sobre la vida de él y Joje en la cana, me suenan increíbles.

Lo cierto es que yo confío en él, aunque a veces me preocupa su modo improvisado de no hacerse cargo de su historia y me sorprende con su persistente afán por sumar números en su cuenta bancaria y en listar novias sin encarar definitivamente una vida más normal, con familia, hijos y esas cosas.

Varias veces le he confesado a Rogelio que cuando tenga como veinticinco años, lo que más quisiera es tener

un familia grande, normal, con una madre, un padre y por lo menos tres hijos. Un nido desde donde planear futuros; y no me gusta cuando me dice: "sos carne de cañón, pibe, ¿o qué te pasa? Lo mejor es estar solterito y sin apuros", y se ríe de mí.

Creo que tiene que ver con que él estuvo de novio en la facultad con una chica que lo dejó plantado no sé por qué. Alguna vez la nombró al pasar. La llamó Marina y habló de ella con un brillo que yo no le conocía en los ojos. Ante mis posteriores preguntas sobre ella, prefirió darme clases machistas, relatándome una y otra experiencia suya sobre cómo llevar mujeres a la cama y una amplia gama de estrategias al respecto. Me parece que el sexo no lo deja pensar en otra cosa con respecto a las minas. Además, él no se da cuenta, pero sus consejos son tan prehistóricos como las amebas.

La verdad es que me enferma cuando quiere hacerme su pupilo en aprender sobre mujeres, ¡que son bastante difíciles de entender, por cierto!, pero que pretendo desentrañar por mí mismo, y, no es por mandarme la parte, pero no me va nada mal en el intento.

Con Diego inventamos un código secreto al que denominamos el RICO SESA (o sea, el ritual común de seducción para el sábado), que es algo así como un diccionario de frases y gestos oportunos que nos permite improvisar, en cualquier ocasión, un buen filo para levantar a una mina y salir de fiesta esa noche.

Uno tiene que recurrir a todo, porque a las chicas les gusta que uno les pinte un romance que ni ellas se creen. Las derriten las palabras seductoras, y yo, a veces, soy un tanto rudo. Por eso aplico rigurosamente el procedimiento del RICO SESA; y últimamente no me puedo quejar, con la

receta que armamos, el ritual del levante nos sale cada vez mejor. ¡Bue!, a Diego parece que lo enganchó en serio la flaca, pero yo sigo siempre listo para salir el fin de semana con alguna linda piba.

Además, no sé, tal vez sea por el apañador carácter de mi abuela, o por la fuerte imagen que me inventé, para bien o para mal, de mi madre, pero tengo el constante presentimiento de que una mujer, tarde o temprano, va a rescatarme de tantas causas inconclusas en mi vida.

X

Apunten... ¡fuego!

*Cuando no recordamos lo que nos pasa
nos puede suceder la misma cosa.*

*Son esas mismas cosas
que nos marginan
nos matan la memoria
nos queman las ideas
nos quitan las palabras.*

*Si la historia la escriben los que ganan
eso quiere decir que hay otra historia,
la verdadera historia,
quien quiera oír que oiga.*

Litto Nebbia

La primavera había tarareado sus veintiún campanadas. A las bestias no les importaba, sus noches no habían sido hechas para contar estrellas, sólo para

sumar muertes.

Aquel día sacaron a la fuerza a Ana de su casa y la arrojaron boca abajo en el piso del asiento posterior de un vampiresco Fal-

con verde.

Estaba maniatada a la espalda y un milico la pisaba como si fuese un bulto sobre la alfombra.

Anduvieron así un tiempo sin minuterero.

Ana olía a margaritas recién cortadas, su mente rebobinaba una y otra vez un pensamiento agradecido porque no hallaron a Camilo en el canasto de ropa sucia donde lo había ocultado. ¿O lo habrían descubierto luego de subirla al auto? No recordaba haber visto más vehículos en el operativo.

La garganta latía emulando al corazón.

Los pensamientos se le apelmazaban en un enmarañado tejido de imágenes y temores, deshilvanando el presente a borbotones.

El auto frenó.

- ¡Ya estamos en la esquina con Q-P-RR! Esperamos señal -el tipo que manejaba le hablaba a otro por radio.

- Vos no le des bola - murmuró autoritario el de atrás-. Esperá que llegue el jefe y entremos juntos, sino después nos tiran la bronca a la hora del reparto.

- Positivo, esperen QKT -contestaba la radio carraspeando ondas metálicas.

Ana escuchaba el chasquido de las ametralladoras remontándose sobre su cabeza.

- ¡Mirá ahí viene! Creo que es ése, ése que acaba de cruzar la calle. Ése es el pescado dientudo que buscamos, el que nos marcó el Buchón en la puerta de la Universidad -dijo el de adelante.

"Estos tipos están siguiendo a alguien", pensaba Ana intentando entender lo que pasaba. "¿Y ahora qué hago?"

- ¡Zurdos de mierda! -un botinazo le desacomodó el hombro. Ana trató de proteger su cabeza hundiéndola aún más en la alfom-

bra del piso. Alguien la agarró por los pelos y le vendó los ojos.

Sintió que sus verdugos se bajaban del auto apurados.

El agazapado silencio de hacía unos instantes se lanzó a la furia.

Comenzaron a oírse puertas golpeadas a culatazos y patadas.

Insultos. Corridas ansiosas. Pasos agitados. Respiraciones obesas.

Ana pensó, por un instante, en incorporarse y huir, pero ningún miembro de su cuerpo acusó recibo a la orden.

Volvió a oír insultos, cosas que caían, gritos de auxilio, maderas que se quebraban, ¿postigones tal vez? La frenada de un coche grande, parecía un camión. Silencio. Suelas de goma saltando sobre el asfalto. Movimientos caóticos y distantes que de a poco se acercaban.

Arrastraban algo.

Ese algo cayó intempestivamente arriba suyo. Era una persona, podía sentir sus huesos y la hebilla de un cinto sobre su espalda. Oía a sangre recién partida.

Ana casi no podía respirar, tampoco quería. Intuía que si lo hacía, podría recibir peores novedades; sospechaba que quien estaba sobre ella estaba muerto.

A lo lejos se oía el chillar de objetos arrastrados y voces dando órdenes de dónde poner este sofá y aquella cama de bronce. Tenía el presentimiento de estar en medio de una mudanza.

De pronto el bulto sobre su cuerpo comenzó a moverse, a quejarse, a balbucear sonidos. Con una leve mueca de movimiento de piernas, ella intentó hacerle saber que allí estaba.

El bulto trató de incorporarse. Un golpe seco lo arrojó, nuevamente des-

plomado, encima suyo.

Ana comenzó a tiritar. No sentía frío ni miedo, sólo asfixia. Ella sabía que esos operativos tenían la doble función de "chupar" gente y saquear todo lo que se pudiera. ¿Qué se habrían llevado de su casa? Pensó en el juego de té de plata que había sido de su abuela y que mamá Esther le había regalado como prenda de paz al mes de nacido Camilo.

Rescatándola de la patética realidad del momento, se instaló en su mente la carita de Camilo, con su sonrisa de antes de dormir la siesta abrazado a ella. Se acordó del día en que lo vio por primera vez en la sala de parto, cuando Jorge lo depositó en el remanso de su pecho, todo hinchado y lleno aún de calostro y grasa. Aquel bebé que acababa de ser desprendido de su placenta la miró profundamente y le dio una bienvenida de gestos y llantos, anunciándole que

venía a cambiarle la rutina.

Como en una película, pasaban en cámara rápida el primer diente, la primera sonrisa, el primer pasito, la primera palabra: mamá.

Una lágrima le ardió en el alma. ¿Habrían visto las bestias el canasto de mimbre donde había ocultado a su hijo?

Otra vez sonó la radio.

- Q-Z-X... Q-Z-X -el sonido a tapizado plástico hundiéndose delató a alguien que se echó sobre el asiento.

- Aquí 14 PT, ¿qué pasa?

- Otro Q-P-RR en Pueyrredón y Corro. Estén atentos.

- Tenemos a dos acá, ya no tenemos capacidad operativa -le contestaban desde el Falcon.

- ¡Tírenlos!

- Ok, en treinta minutos estamos allá -a Ana se le coaguló un bolo de saliva

en la garganta. El bulto encima suyo comenzó a moverse nuevamente y ella se dio cuenta de que era un hombre.

Quien acababa de hablar por radio, ahora salía del coche a retransmitir sus nuevas órdenes.

- Nos van a liquidar acá nomás -le dijo el tipo que estaba arriba suyo- Estos hijos de puta nos van a matar, ¿quién sos? -le preguntó entre gemidos y huesos rotos.

- Mi nombre es Ana Calónico, trabajo para una organización de Derechos Humanos, ¿y vos quién sos?

- Soy un boludo, me dijeron que no volviese por mi casa, ¡que imbécil! -enmudeció de golpe al oír pasos de regreso al auto, pero recargó suavemente su cuerpo sobre un costado para aliviar su peso sobre Ana. Ella lo agradeció con las borras de un suspiro.

- Hugo, Hugo Kogan -le

confesó en un susurró casi inexistente. "Hugo... igual que mi tío", pensó ridículamente Ana aferrándose a la vida.

Otra vez los botines pressionaban su furia contra los cuerpos echados en el suelo. Portazos cerrándose. Olor a miedo y transpiraciones tramposas. El auto arrancó haciendo sangrar el asfalto.

Un giro violento empujó a Hugo nuevamente encima de Ana. Al instante, otra curva, lo recargó sobre un costado, liberándole el aliento.

El reloj volvió a mentir sus agujas y sus cronómetros cancelaron las distancias. Ana sintió que su compañero de infortunio también temblaba y le reconfortó comprobar que todavía estaban vivos.

El Falcon disminuyó su marcha. Entró a un lugar con tranquera. Traspusieron unos metros y pararon el vehículo. Todo olía a tie-

rra y chapas humedecidas.

Los sacaron a los tirones del auto. Los pararon uno al lado del otro. Ambos vendados, no podían conocerse ni ver a sus verdugos.

Ana sentía que Hugo se resistía. Lo golpearon salvajemente.

Ella estaba sin tiempo, sin frío, sin aire. Muda. Tiesa. Inmóvil. Espantada.

Luego los apoyaron a ambos contra una pared. Ana se sintió acompañada. Trató de sostenerlo y le chistaba silencio, para que no los siguieran maltratando.

Las armas cantaron su marcha fúnebre de cerrojos.

-¿Dónde estamos? ¿Qué quieren? -empezó a gritar Ana- ¡No van a poder matarnos así nomás! ¡Existen tratados internacionales que protegen nuestros derechos, desátennos ya y dígnanos qué quieren! -exi-

gió Ana tratando de recuperar compostura.

Pasaron algunos minutos interminables y oyó que por lo menos tres armas recargaban sus municiones a la voz de "preparen". Al instante rugieron:

- Apunten ... ¡FUEGO!

- ¡Hijos de puta! -gritó Hugo con los restos de voz que le quedaban. Ana sólo atinó a pensar en Camilo y en Jorge.

Los disparos sonaron estruendosos.

La respiración se desgajó en racimos.

A Ana le sorprendió seguir pensando y oliendo a humedad, y hasta le pareció escuchar a lo lejos risas. "¿Ya estoy muerta?", se preguntaba.

El sopor se distendía y las risas se oían más contundentes y atrevidas. Oyó a Hugo que seguía repitiendo como un zombie "hijos de puta... hijos de p..."

Ana se dio cuenta que eso no podía ser el cielo porque estaba demasiado oscuro. Por un instante pensó que Dios la había castigado con el infierno. Luego comprendió que sólo había ingresado en el purgatorio de los represores que se divertían con padecimiento ajeno.

Cinco veces repitieron la parodia del fusilamiento. Cinco veces recargaron sus armas y "apunten... ¡fuego!" Cinco mil veces se le quebró el aliento y rogó que no hubiesen revuelto más tarde entre el mimbre.

Entre parodia y parodia, Ana intentaba consolar a Hugo contándole en murmullos que ella tenía un tío que también se llamaba Hugo, y que protagonizaba historias de redención de gorriones.

-¡Apunten... fuego!

Hugo creía que la mujer vivía un trance histérico y solidariamente trataba de seguirle la corriente.

-¡Apunten... fuego!

Ana comenzó a tararear una canción de Nebbia que se acopló a la de los cargadores de las ametralladoras, "¡Apunten... fuego!", y Hugo supo que lo de Ana no era histeria sino una profunda creencia en sus convicciones.

*Nos queman las palabras
nos silencian
y la voz de la gente
se oirá siempre.
Inútil es matar,
la muerte prueba
que la vida existe.*

Finalmente el show de insultos, "apunten... ¡fuego!" y risotadas terminó.

Los mercenarios ya se habrían aburrido y decidieron tironearlos unos cuantos metros de donde estaban, hasta depositarlos en un lugar que sonaba a galpón atestado de gemidos y sal de lágrimas.

Los sentaron en el piso, espalda contra espalda,

con manos y pies atados. Les dedicaron la última patada y se fueron.

Ana seguía canturreando aquella melodía:

*Nos queman las palabras
nos silencian
y la voz de la gente
se oirá siempre.
Inútil es matar,
la muerte prueba
que la vida existe.*

Hugo sólo le devolvió, con una mueca encapuchada que en otro tiempo y lugar hubiese sido una estruendosa caracajada, un "¡...Será posible que siempre a mí se me peguen todas las locas...!" que Ana recibió casi como un cumplido, porque intuyó que era su particular manera de incorporarla a su propia historia.

XI

Ella llegó volando

*“... esa mirada desde adentro,
buscando salir, algo que seguía y seguía,
un mensaje de prisionero
a través de paredes de piel...”*

Julio Cortázar

Llegué temprano para ver el espectáculo del mentalista. Primero acerqué a Diego y a su novia hasta la galería comercial donde iban a medirse ropas, y en el mismo taxi me fui al centro porque no había sacado anticipadamente mi entrada para el show, y tenía miedo de quedarme fuera.

La cola para entrar al teatro abrazaba la manzana completa. Odio hacer colas, pero el famoso mentalista era un húngaro que no vendría vaya a saber uno hasta cuándo, así que enrollé mi fobia a las esperas y como un cordero me dejé conducir al matadero de la boletería. Si hubiera sabido que el boletero era el gordo de la vuelta con el cual seguíamos compartiendo las mismas desgracias -él obeso y yo Camilo- me hubiese ido de allí

antes de una segura venganza en público. Pero cuál fue mi sorpresa cuando el gordo no sólo no me martirizó, sino que me vendió la butaca 52 de la quinta fila ¡y a precio de gallinero!, cuando por mi lugar en la cola, tendría que haberme tocado en la 200, y eso, poniéndole un billete bajo la manga al acomodador.

No sé qué le pasó al gordo. O bien, tuvo miedo de que le volviera a poner la cara morada, o ya se había dado cuenta que cada cual porta su historia como una costra que ante el más leve rasguño sangra, haciéndonos sentir el dolor y la certeza de estar vivos.

Yo, agradecido y sin resentimientos pendientes, le guiñé un ojo, le dije: “¡Gordo, te debo una!”, y corrí a ocupar mi lugar rápidamente, no fuera a ser que se arrepintiera.

Me ubiqué en la butaca 52 de la quinta fila y me alegró comprobar que ningún gigantón se había sentado en los asientos de adelante al mío y así podría ver bien todo el espectáculo. Varios amagaron a preguntarme si la butaca de mi derecha que permanecía vacía estaba ocupada, con intenciones de tomarla aun cuando no les correspondía.

Al fin, cuando las luces comenzaron a apagarse, una pelirroja con bucles hasta la cintura me pisó las botinetas y se sentó en la codiciada butaca haciéndome comer el rojo de su presencia. Yo, que me había erigido en guardián y custodio de la bendita silla, le pregunté si era su lugar. Ella me miró con cara de *¿y avosqué?*, entonces le comenté que muchos la habían reclamado. Comenzó la música y la pelirroja sólo se sonrió y miró hacia el escenario.

Yo pensé “qué reboludo soy” y más colorado que su pelo me concentré en la entrada del mentalista.

El tipo, empingüinado en su smoking, comenzó a hablar sobre los poderes ocultos de la mente con voz de ráfaga que apenas sobrepasaba los acordes de la música de fondo. Primero hipnotizó a uno, luego a una pareja, más tarde a un grupo de seis estudiantes, y a cada cual le hacía cantar o bailar o comer cebollas y ajos como caramelos. ¡Pobres tipos, yo ni muerto me dejaba hacer eso!

“Voy a esperar que avance un poco más el espectáculo, no vaya a ser que me haga tragar un sapo, el *coso éste*”, pensé rebobinando mis intenciones de pedir ser hipnotizado.

Terminado el acto de las cebollas y los ajos, el húngaro hizo bajar, ya despiertos, a los voluntarios de la prueba, y comenzó a hablar de las bondades de la hipnosis para dejar de fumar y para adelgazar. Al oírlo, yo empezaba a creer que Diego y la abuela tenían razón: el tipo era un farsante.

Para demostrar lo que aseguraba, hizo pasar a una gorda al escenario. La pobre casi necesitó una grúa para subir. Él la hipnotizó “1, 2, 3 ... ahora sientes los párpados pesados, te relajas y sólo escuchas mi voz”, y una vez seguro de tenerla bajo sus designios, le dijo que todo lo que se llevara a la boca, a partir del cuarto bocado, tendría el sabor más horrible que jamás haya probado. Luego la despertó con un chasquido de dedos y le convidó un gran trozo de torta de chocolate cubierta de crema y cerezas. La gorda se relamió, comió un bocado y dijo que estaba exquisita. Él le sugirió que la comiera toda. La gorda obedeció gustosa: un mordisco, dos, tres y cuatro, pero al quinto bocado, la mujer pegó un alarido espantoso, pidió disculpas y lo escupió diciendo que tenía sabor a podrido.

El mentalista le pidió que probara una nueva tajada de otra parte de la torta y la gorda al hacerlo, casi se muere de asco.

La gente aplaudía a rabiar y la pobre mujer hacía arcadas mientras era asistida para poder bajar nuevamente a su butaca.

No creía nada de lo que acababa de ver, así que seguí con la mirada a la gorda para ver adónde iba; sospechaba que estaba todo preparado para el show, pero perdí mi recorrido y mis intenciones de Sherlock Holmes en el verde semáforo de los ojos de mi pelirroja vecina, que volteó su cara justo en ese momento hacia mí para decirme:

- Voy a ofrecerte para ser hipnotizada, si me pasa algo ¿podrías llevarme acá? -y me depositó un papelito escrito entre las manos.

Me corrió un escalofrío en los recuerdos y se me puso la piel de mimbres.

- Por favor -susurró ella acariciándome con el último bucle que se estiraba y encogía como un resorte. Se paró y agitó sus brazos rogándole al mentalista que la hiciera pasar al escenario, como una niñita aplicada pidiéndole a su maestra dejarla escribir en la pizarra.

Cuando volví en mí, la pelirroja estaba arriba y el empingüinado la seducía con halagos de showman de cuarta.

Abrí el papelito que había sembrado en mi mano y alcancé a leer “Juana” y no pude ver más porque volvieron a bajar las luces. “Otra con nombre de mierda”, pensé, y me asustó descubrir un nuevo punto de encuentro con esta bella colorada que no había visto en mi

vida.

En el escenario habían colocado dos sillas a un metro de distancia entre sí y el tipo del pingüino estaba durmiendo a mi pelirroja.

- 1, 2, 3... Sientes que tus pies pesan, tu cuerpo pesa, tu cabeza pesa. Tus párpados están cerrados, sólo escuchas mi voz y te ordeno que te acuestes en el piso.

Yo me incorporé de mi butaca justo para ver cuando la pelirroja caía hacia atrás con el balanceo de una pluma, dormida como una princesa, mientras dos ayudantes del hipnotizador, disfrazados de esclavos orientales con turbantes de seda dorada, la sostenían en la caída.

La gente que estaba sentada detrás mío, me obligó a sentarme nuevamente.

La muchacha estaba en el piso, sobre una alfombra. Los del turbante la tomaron uno por los pies, el otro por los hombros. Ella parecía una rígida bandeja. El hipnotizador la colocó como una tabla perpendicular entre los respaldares de las sillas montadas en el centro del escenario, dejando el torso de la bella durmiente al aire, en equilibrio perfecto. Él mismo pasó gateando bajo ella y luego retiró una de las sillas. Pidió absoluto silencio y sacó la otra silla también.

La joven quedó suspendida en el aire sobre la mano del mentalista, como único punto de apoyo. Parecía una estatua horizontal con el rojizo cabello flotando bajo la tenue luz del espectáculo, dándole al momento un encanto especial.

Yo me asusté y sin darme cuenta me paré sobresaltado otra vez.

El mentalista me miró y me hizo un gesto de silencio.

La gente ni respiraba en el teatro, pero yo no hice caso y me acerqué al borde del escenario como atraído por un imán. Entonces ocurrió lo inesperado.

La pelirroja empezó a flotar desprendida de la mano del mentalista y voló hacia mí ante la sorpresa del pingüino. Él la siguió hasta que estuvo casi sobre mi cabeza. Ella, siempre en posición horizontal, giró adelante mío como indicando el centro de algo, el vértice de alguna acción.

Ante la sorpresa y el descontrol de la escena, el mentalista la tomó de la cintura y la enderezó, parándola en mis narices. Inmediatamente contó "1, 2 y 3", hizo sonar sus manos en una palmada y ella despertó, ahí, casi encima mío.

La gente se ampolló las manos aplaudiendo y nosotros volvimos a nuestras butacas ante la sonrisa atónita y poco profesional del mentalista.

XII

Los misterios de Carola

*"No todos los días el mundo se
ordena en un poema."
Alfredo Lemon*

La función terminó y la gente salía del teatro como anestesiada en suspiros. Me volví hacia mi colorada compañera de aventura telekinésica y la invité a tomar un café. Ella sin dudar lo dijo "bueno".

Salimos a la calle y caminamos callados hacia el centro como si aquella cita arrancada de un improvisado rescate, fuese la única y habitual resolución de la noche, como si aquel encuentro hubiese estado programado de antemano en algún calendario del destino, como si ningún otro comportamiento fuese el esperable para ese día, en ese lugar y bajo aquellas circunstancias. Era una sensación desconocida y a la vez familiar, aquel hallazgo tejido con un solo "vamos" y un inevitable "bueno".

Caminamos las pocas cuerdas que nos separaban de la

peatonal hablando de los cambios de temporada y mirándonos de reojo por los cristales de las vidrieras, evitando todo comentario que nos expusiera al ridículo después de aquella experiencia al borde del escenario. Mi cabeza procesaba datos a millones de bytes por segundo, pero ninguna de las tácticas para seducir chicas que ensayábamos con Diego, me parecían aplicables a la ocasión.

Las manos me sudaban. Todavía tenía en el tacto la sensación de su cuerpo dúctil. Al caminar a su lado temía que saldría volando en cualquier momento y la perdería desvanecida en el aire. No sé porqué, pero repentinamente sentí pánico de ya no encontrarla, por eso, en el primer bar que divisé, la invité a entrar:

- ¿Te gusta acá? -le pregunté señalando el bar Gauguin.

Ella entró con su halo de nube roja y se sentó en la única mesa libre que daba sobre la fuente central.

- ¿Te asustaste mucho? -me preguntó sin discreción, prendida a mi sorpresa.

- Un poco -contesté-. En realidad no me di cuenta que casi subí al escenario a rescatarte.

- ¿A rescatarme de qué?

- No sé ¡Qué sé yo! -sentí vergüenza de decir una estupidez, pero como ella quedó esperando una respuesta me animé:

- Y... de que te partieras la cabeza contra el suelo. ¿Sabés lo que te pasó? -ella sólo bajó la cabeza. Sentí que su misterio era infinito.

Le conté todo lo sucedido y que yo había ido con intención de ser hipnotizado también, porque tenía

recuerdos pendientes en mi memoria que no podía traer a mi presente.

- Sin embargo no te hipnotizaron, ¿no? -me preguntó conociendo la respuesta, y yo supe que quería llegar al eje de mis motivaciones.

- Lo intenté varias veces levantando la mano y gritando -dije- pero el mentalista no me llamó al escenario después de lo ocurrido. Yo quería que me hipnotizara, nunca tuve miedo a nada, sin embargo... -trataba de dejar en claro que la culpa fue del mentalista y no por temor mío.

- Tal vez fue el destino, ¿no? -me interrumpió- porque si hubieses estado hipnotizado antes o cuando yo también lo estaba, no nos hubiésemos visto y no estaríamos ahora acá, conociéndonos -dijo ella avanzando en conclusiones que yo no esperaba tan pronto, y que me dejaron a la cola de su frescura.

Me quedé callado unos minutos, mirándola y devanándome los sesos para hallar un tema que me pusiera nuevamente al frente de la situación de conquista, pero mientras mi cabeza rebobinaba argumentos y los descartaba al instante por estúpidos, ella, con total desfachatez, apoyó ambos codos sobre la mesa y echó su cabeza sobre las manos, mirándome con sus verdes rayos y una sonrisa de sapo que tragó por completo cualquier intento de hallar una palabra con sentido para seguir la conversación.

Ella, otra vez tomando la delantera, me contó que ya estaba acostumbrada a esas cosas que sólo se explican desde el más allá de las razones, que su tía Marilú le había enseñado cómo vuela la alegría a reparar pasiones engrilladas y que, al fin y al cabo, volar no era cosa de otro

mundo. Entonces me recitó, clavándome su mirada de pradera en la frente, aquel verso de Machado: *"Volar ¡qué fácil es! todo es cuestión de no dejar que el suelo, se acerque a nuestros pies"*.

- ¿Dónde aprendiste esas cosas, Juana? -le pregunté para ver si estaba loca o nada más era poeta.

Ella comenzó a reírse a carcajadas. "¿Juana?... ¿Juana?..." repetía casi ahogándose de risa. Se echó para atrás y la cascada de rulos colorados parecieron contraerse graciosamente acompañando la escena:

- ¿De dónde sacaste que me llamo Juana? -se recogió la cabellera con las manos, y luego soltó nuevamente sus rulos enmarcando alguna compostura. Creo que todos los que estaban en el bar se dieron vuelta a mirarnos.

Yo, como un alumno descubierto con el machete copiando en un examen, alisé el papelito que ella me había puesto en la mano antes de subir al escenario y al leerlo completo a la luz, también me reí, pero avergonzado. De nuevo me puse más colorado que su pelo.

- Me llamo Carola -dijo entre una quebrada de aliento y risa- Juana de Ibarbourou 1798, Sexto 'D', es la dirección de mi casa.

Cuando dejó de reírse y yo de hervir de vergüenza, no me quedaba otra que presentarme, así que arremetí con mi nombre para completar el papelón.

- ¿Camilo? ¡Qué lindo nombre, qué original!

En ese momento creí que lo decía para no humillarme. ¿A quién puede gustarle un nombre así?, menos a ella. Las chicas lindas como Carola salen con grandotes que hacen músculos a fuerza de fierros y cabalgan motos imposibles, y no se llaman Camilo, ¡seguro!

Las coincidencias se resistían a abandonarnos, si bien no compartíamos la desgracia de un nombre horrible, si sus primeras sílabas: Ca-rola... Ca-milo...

Me preguntó por qué me habían puesto ese nombre. Yo siempre mentía que por mi abuelo, pero con ella no sé qué me pasó, no supe en qué momento ni cómo, imantado a su misterio le terminé contando mi huérfana historia.

Carola me escuchaba como escudriñando verdades. En realidad me oía más allá de la compasión y las mentiras.

Ella acompañaba con su mirada y su cabeza cada expresión, cada porción de mi vida que erupcionaba de mí como un volcán cautivo de su imagen. Por primera vez sentí que no podía controlar la situación. Hablaba con ella como si hubiese estado allí desde siempre para oírme, como si aquella fuera la única vez, como si no me molestara quedar como imbécil, como si no quisiera invitarla a bailar y darle un beso, como si no me importase que jamás quisiera volver a verme o a salir conmigo.

Le conté de mis padres, de su tozuda voluntad por arreglar el mundo. Le hablé de mi abuela que era un poco sobrepresidente pero que me había brindado una vida bastante aceptable.

- ¡Uy! ¿Vos también tenés tu *irish mámele* ? ¡como yo! Mi vieja es así, pero es la raza, creo -acotó ella en un suspiro de fastidio.

Yo interpreté en el acto lo que quería decirme. Sabía lo asfixiante que resultaba a veces la estrangulación por afecto y cómo en muchas ocasiones, el amor de nuestros queridos y nunca bien ponderados progenitores, el de mi abuela en mi caso, se convertía casi en obsesión. Nos

pusimos a conversar si aquel modo de amar no sería una manera egoísta de justificar sus existencias, creando un cerco de mentiras sobre la realidad y el mundo, que nos paraliza y nos despelleja de anticuerpos para la vida.

- Como las plantas, ¿viste? Cuando las regás demasiado y las protegés severamente de la intemperie, terminan secándose -comentó apoyando mis alegatos.

Le hablé de otra versión del afecto, el de mi tío Hugo:

- Él no espera que yo sea como él, ni que festeje a su equipo de fútbol, ni sea lo que él hubiese querido ser. Sabe esperar que las historias maduren y saborea así mejor sus manjares. Sé que puedo contar con él y eso me hace sentir seguro -. Ella sonrió con la cabeza nuevamente apoyada en sus manos y mirándome perdida en mis relatos.

Hablé como una hora narrando mi historia, y cuando en algún momento me pareció idiota estar haciendo lo que hacía en vez de invitarla con una cerveza a salir el sábado a bailar, con un gesto repentino ella me animaba a seguir la confesión de mi vida, como si fuese la conversación más amena del mundo.

A alguna hora, no sé cuántas llevábamos hablando y tomando café, el mozo nos corrió del Gauguin con la excusa de cobrarme la adición por el cambio de turno en el bar; entonces, antes de que yo me enojara y lo mandara a freír mondongo en un obligado y aireado gesto de macho, Carola me tomó la mano y me dijo que por qué no seguíamos conversando en el hall de entrada de su departamento y así, de paso, la acompañaba hasta su casa. Otra vez se me adelantaba, pero yo ya había perdido, a esas alturas de la noche, toda pose de galán al acecho de una cita tradicional, ya no me importaba el RICO SESA.

Salimos del bar y caminamos hasta la avenida. Allí tomamos el 62 y en Juana de Ibarbourou al 1800 nos bajamos. Ella me condujo al edificio de la esquina y me dijo que ésa era su casa, no su nombre, y se volvió a reír de mí. Me encantó ser su mascota de risas y comprobar que sus dientes eran casi tan apetecibles como sus mejillas.

Todo en ella emitía luz y sorpresa. Era graciosa y a la vez extraña en su forma de expresarse y actuar, distinta en comparación con las otras pibas con las que había salido. No se comportaba como una chica de mi edad; a veces me parecía que estaba ante una nena, y otras, delante de una mujer madura, pero jamás ante una chica común de diecisiete a las que yo estaba acostumbrado, con las cuales bastaba hablar poco, escuchar música muy fuerte y bailar como desgraciado.

Carola era tan imprevisible como confiable.

Ya en el ingreso a su edificio, revolviendo graciosamente su mochila, Carola hizo sonar todo su sonajero de llaves hasta que por fin logró abrir la puerta. Me abalancé sobre el ascensor y apreté el botón del sexto piso para levantar mis aplazos y demostrarle que por fin había leído el papelito completo y me acordaba en detalle de la inscripción. Pero ella con una nueva sonrisa, menos jocosa pero más atrevida, me dijo que la conversación seguía allí, en el hall de ingreso.

En silencio nos sentamos, uno bien al lado del otro, en los primeros peldaños de la escalera de emergencia, y Carola, de golpe se paró haciendo gestos e imitando al mentalista. Amenazó con hipnotizarme ella misma, ahí en su edificio, y convertirme en sapo.

Entonces yo, tomando finalmente la delantera, la atraje

por las manos y la volví a sentar a mi lado, pegada a mi aliento. Le anidé entre mis dedos el rostro de misterios y le susurré que ya debería haberme hipnotizado con aquellas caídas de ojos en el bar, porque me sentía totalmente embriagado de ella.

Carola se mordió los labios abandonando su anterior pose de escenario, y casi como al descuido apoyó su cabeza en mi hombro y me dijo que era la primera vez que conocía a alguien de su edad con quien podía hablar de lo que sabía desde hacía tanto tiempo; que yo le había inspirado, desde el mismo instante en que me vio custodiando su butaca, la certeza de que nos conocíamos desde siempre. Sólo estábamos esperando la excusa de un encuentro.

Nos tomamos las manos anudando un pacto de descubrimientos.

Yo quedé callado y pensando qué varita mágica me habría tocado para estar allí, viviendo esas emociones desconocidas; y a cambio de mis dudas, Carola, sin mediar argumentos, me regaló una renovada sonrisa y aquella increíble y verde historia de un verano de sapos con su tía Marilú.

XIII

Verano de sapos

"Por fin, soy libre adentro de los seres."

Pablo Neruda

Ese verano fue el más caluroso que aún recuerdan los lugareños.

La furia implacable del sol chamuscaba las hojas de los árboles ante la impotencia de los frutos que se pudrían sin madurar su semen.

Se extinguió el verde, renació el sepia.

La garganta de la tierra,

empalagada de fuego, eructaba burbujas de greda por sus cicatrices. Los autos, presos en el chicle alquitranado de la ruta, intentaban en vano esquivar las bocanadas del asfalto.

Apenas caía el violeta y fucsia a teñir la fiebre de la tarde, los mosquitos comenzaban a danzar su ritual

vampiresco en busca de un poco de humedad atacando a quien se interpusiera en su camino.

Por eso los sapos ese verano no se alejaban mucho de la acequia.

A Carola le sorprendía no encontrarlos al anochecer brincando en la colonial galería de la casa de la tía Marilú, donde se sentaba a ver la luna e imaginar historias de princesas hermosas y príncipes roqueros, soñándose Cenicienta y Madonna a la vez. Tras las rejas jesuíticas del castillo encantado de la tía Marilú todo era posible.

Acostada sobre el fresco piso de la galería, gastaba sus cuentos y esperaba la llegada de los sapos para jugar. Sí, para jugar como lo hacía desde pequeña en la casa de la tía Marilú. ¿Total?, allí no la veía nadie, podía volver a su niñez, a su fantasía sin corpiño. En esa galería podía ser Carola a secas, ni

señorita, ni adolescente. Carola sin rótulos. Ahí no era muy grande ya para jugar, ni muy chica aún para conocer verdades ocultas.

Cuando la galería se teñía de verde, según el tamaño del sapo, Carola empuñaba una ojota suya o una de la tía para hacerlos trotar. Golpeaba el plástico sobre la baldosa enloqueciendo al intruso. Se revolcaba de risa viéndolos saltar despavoridos de un lugar a otro de la galería. Patinaba tras ellos en audaz persecución emitiendo las carcajadas de su mejor película de terror.

Entonces aparecía la tía Marilú y se enojaba. Esgriamía fantásticos y aburridos sermones diciendo que tal vez esa víctima era un ser encantado, una bella persona que algún tirano convirtió en sapo y aguardaba allí el rescate del amor, el milagro de un beso; o tal vez sería un alma perdida entre el tiempo y la tragedia a la es-

pera de justicia y venganza; que en la vida como en la ficción nada se pierde, todo se transforma, nada se olvida, todo se almacena en el sótano de las pasiones con la impresión de una herida que no cura sin dejar huella; y millas, kilómetros de discurso delirado por el estilo. Pero al ver que Carola desoía argumentos e insistía en el juego, la tía se enfurecía y a escobazos la obligaba a abandonar su batalla.

"Defensora de sapos y escuerzos", pensaba Carola con fastidio, en un pingpong de broncas y de culpas.

A pesar de la diferencia en el tanteador de las opiniones sobre los comunes y gomosos amigos, le gustaba ir de visita a lo de la tía Marilú, amaba a esa vieja chiflada.

La querida tía Marilú, con sus pies excedidos de peso, su rigurosa pollera lavilista tableada, sus manos ajadas, sus ojos achinados de lamentos y su voz de flauta, pan

dulce, ternura.

Cuando Carola iba a pasar la temporada veraniega la tía Marilú se desvivía en caricias y confidencias, le preparaba fritos con ralladura de limón revelando todos los secretos de las pasiones, y regalándole su mirada de dulce de leche le enseñaba a tejer historias de amor, de libertad y de muertes.

La ermitaña tía Marilú, siempre sola, como un puente perdido en las serranías, tiesa sobre su río de penas, uniendo las distancias entre su verdad y su misterio.

Le llamaba la atención que teniendo tanta jalea de ternura en su despensa de afectos, se hubiera hecho vieja sin hijos.

Oyó a escondidas que una vez se casó con un campesino. Un loco que organizaba cooperativas de agricultores y andaba por ahí diciendo que la tierra es de quien la trabaja, liberando pájaros enjaulados y desensillando

ideas.

Esas mismas voces aseguraban que la tía Marilú estaba perdidamente enamorada de él, que de tanto mirarlo le había florecido esa sonrisa de girasol, y secado para siempre la noción de la crueldad y el desengaño. Pero una noche lo arrancaron de su camisión, entre palos, súplicas, fusiles, besos, insultos, adioses y amenazas.

La última vez que lo vio fue cruzando la tranquera y subiéndolo a empujones a un camión atigrado verde marrón, entre destellos de lentejuelas nocturnas y el croar de miles de sapos clamando libertad.

No se supo más de él.

Nadie se explicó entonces por qué la tía no murió de amor o de pena.

A Carola sus padres nunca le confirmaron aquella historia, porque según ellos era muy niña aún para conocer los vergonzosos tro-

pezos de la tía.

A la tía Marilú no hacía falta preguntarle, las miradas bastaban.

Era suficiente respirar la melancolía de los muros de la casona castillo, envolverse en el azul tableado de su falda protectora, saborear su mirada brillante esperándola todos los veranos en la tranquera de la entrada, oler su piel retinta hecha abanicos de sonrisas, escuchar su voz de pájaro, comulgar con su misterio.

La tía Marilú nunca preguntaba estupideces: que a qué curso pasaste, que cuántas te llevaste, que cómo andamos de novios, que ojo, ¡cuidado!, todos quieren lo mismo. Ella conocía lo insospechable.

Allí no se sentía castigada por su adolescencia, no era chica para esto ni grande para aquello.

Al fin y al cabo la única manía que tenía era esa de-

fensa a ultranza por los derechos batracios.

Carola llegó a creer que eran los sapos quienes telepáticamente la invitaban al juego de las ojotas y ella no podía rehusarse; se atraían, no quería, no lo podían evitar.

Ese verano, para sobrevivir a los latigazos del sol, Carola mataba las siestas en los refugios más oscuros y húmedos de la casa. Allí esperaba la llegada del atardecer con su regadera de alivio para ir a divertirse a la acequia con los sapos, quienes atormentados de calor ya no se acercaban a la galería.

Pero las cosas habían cambiado, el golpeteo de la ojota en tierra no producía el efecto sonoro de la baldosa. Sólo levantaba una polvareda finita y pegajosa que antes de espantar a sus víctimas, le hacía estornudar sus alergias ciudadanas.

Por eso se armó con una lata vacía y una cuchara de

alpaca, metiendo bulla más que suficiente para alarmar a cualquiera.

Con su equipo de combate partió a recrear sus juegos de represora, embarullando el caer de la tarde, compitiendo estrepitosamente con grillos y chicharras, produciendo un desbande infernal de sapos que aterrados salpicaban de verde el atardecer.

Hasta allá la siguió la tía Marilú con la escoba.

- ¡Basta de martirizar a los sapos! -le dijo con los girasoles en pie de tormenta.

- ¡Dejálos en paz!

Carola volvió a la casa con su derrota de juguete, maldiciendo el único defecto de su tía y jurando que se saldría con la suya; no claudicaría a su destino.

Esperó paciente que el ojo blanco de la noche le guiñara su complicidad desde la cima del robusto algarrobo que custodiaba la ventana de su cuarto.

Sin hacer ruido tomó sus herramientas de tortura y en puntas de pie se acercó al floreciente país de la acequia.

Caminó descalza entre las matas secas de Chinitas y No Me Olvides. Sintiéndose la heroína de su mejor historia, se dejó llevar por el olor a pasto fresco que venía del raquíptico hilo de agua.

El rumor nocturno de insectos refrescándose en el charco la orientó hasta que sus pies palparon la tierra húmeda y le anunciaron la llegada al territorio prohibido.

Y allí estaba, sentada en una piedra al borde del canal con los pies rozando el agua, irreconocible, sin escoba ni tableado azul, espléndida, con un hermoso vestido blanco desbordante de lentejuelas multicolores y una trenza de flores rojas coronando su aceitosa cabellera.

La tía Marilú apoltronada en el centro del arroyo como

una princesa cautiva esperando a su príncipe salvador... y cientos, miles de sapos a su alrededor.

Carola quedó dura, como plantada en tierra, hipnotizada ante la majestuosa visión.

En ese instante, el que basta para definir el futuro, la tía Marilú giró su bondadoso rostro y le tendió la mano suplicante entre un pliegue del abanico de su sonrisa.

Siempre le había cautivado su mirada dulce y contagiosa, pero esa noche sus ojos carbón melancolía destellaban ráfagas de sol esmeralda, semáforo, esperanza, iluminando las sorprendidas lentejuelas de la noche y el croar de miles de sapos enamorados.

Embriagada de verde Carola soltó sus armas.

Dudó en moverse.

Sintió lástima, esa rara mezcla de piedad, horror,

misterio, emoción, pánico, asco, rebeldía y dolor, que emanando de lo imperdonable le encendía la furia.

Lástima por ella que le amputaron el destino, por la tía que sufría los desgarros de la soledad hasta el límite de la locura, por el desaparecido tío loco que había extrañado para siempre sus pájaros, por todos aquellos sapos torturados por el calor y la injusticia.

Sintió lástima, lástima y rabia, mucha rabia. Pero al ver el tierno romance de la tía Marilú y los batracios,

desenredó el torbellino de impotencias y comprendió que había llegado el momento de compartir verdades.

Carola y la tía se miraron sin compasión.

En ese segundo, el que alcanza para parir la eternidad, lanzaron al aire la espuma de sus manos hasta acariciarse y apenas sus dedos se rozaron, brincó... CROAC CROAC...

Puntual con la verde manía de la esperanza, la tía Marilú reparó pasiones y sonrió CROAC CROAC... como un sapo más.

XIV

No hay tumbas para la verdad

"¿Nos bastará esgrimir los argumentos de la inocencia?"

Oswaldo Pol

El tío Hugo cumplió como siempre su palabra y me consiguió el libro que había elaborado la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas. Yo quería revisar ese informe para ver si encontraba el nombre de mi mamá que estaba desaparecida desde la última dictadura militar. Desaparecida. Como si se hubiese desvanecido en el aire, o se la hubiera tragado la tierra, o esfumado como por arte de magia, según parecía creer mi abuela intentando argumentarme la vida con ositos de peluche aún a mis 17 años.

Aquel día a la salida de clases, le dije a la abuela Esther que me iba a estudiar a lo de un compañero que ella no conocía, pero en realidad me fui al departamento de Rogelio. A esa hora, seguro, estaba en su oficina. Él siempre dejaba las llaves bajo un mosaico flojo del pasillo

y yo sabía que podía usarlo para todo tipo de emergencias.

En realidad, Rogelio esperaba que fuera con chicas para luego expurgar con lujo de detalles la confesión de mis amores y disfrutar mis pasiones de juguete como viviendo así una juventud distinta a la suya entre rejas. Él estuvo preso desde los dieciocho hasta los veinticinco años por repartir volantes *subversivos* en la puerta de la facultad; y en la cárcel conoció y compartió celda y golpes con mi viejo.

Creo que por eso, a veces se la da de padre conmigo y me repudre con consejos de inconfesada procedencia machista; pero me divierte mucho cuando inventa fábulas mezclando mi realidad con sus ficciones en cuentos que, de pequeño, me hacían sentir un pánico varonilmente apadrinado, desasfijándome de tanta abuela. Pobre Rogelio, cuando estoy de humor le sirvo unas cervezas y le sigo la corriente, porque sé que arma el rompecabezas de su historia con mis breves piezas de experiencia; y además porque le debo una: él fue la única y última compañía de mi papá antes de morir en cana.

Por lo que Rogelio me cuenta de aquella época, todo era subversivo: pensar distinto era *subversivo*, ser joven era un *delito subversivo*, hacer el amor antes de casarse era *promiscuidad subversiva*, cantar las canciones de John Lennon era *reproducir modelos subversivos*, usar el pelo largo y los jeans desflecados era un modo de mostrarse *subversivo*. Para mí que creer que todo era subversivo estaba de moda.

Me instalé cómodamente en la cocina de Rogelio y me preparé unos mates decidido a no moverme de allí hasta encontrar lo que buscaba, y aunque estuve tentado en

llamar a Carola aprovechando la intimidad de la ocasión -"Ay, Carola, cómo me gusta verte, tocarte, sentirme en tu cielo, derretirme en tu verde misterio, ¡ah!"- opté por bancármelas solo con mis problemas. Tal vez su magia me susurró que hay pasiones que sólo se viven con uno mismo.

Revisé el libro hoja por hoja esquivando las ganas de vomitar que me producía cada relato, en la certeza de que eso no había sido investigado y escrito bajo anestesia de ninguna cerveza, y comprobé que los cuentos de terror de Rogelio sólo eran nanas infantiles al lado de aquellas desgarradoras historias del libro: secuestros, centros clandestinos de detención, el exterminio como arma política, la impunidad con que los represores se movían, actitudes de la iglesia, de algunos funcionarios, cómo se coordinaba la represión en toda Latinoamérica, documentos, listas de detenidos desaparecidos, niños, embarazadas y adolescentes torturados.

Leyendo sobre los niños arrebatados de su hogar junto a sus padres, pensé en mi suerte y en mi mamá, abandonándome escondido en el canasto de la ropa sucia. Sólo recuerdo gritos extraños, y a ella diciéndome algo mientras me tapaba con manteles y camisas adentro de un cesto de mimbre. ¿Qué sucedió aquella noche? ¿Por qué me dejaron allí? ¿No me habrían visto? ¿O en realidad yo no estaba ahí cuando secuestraron a mi madre?

- ¡Oh!, Camilo, ¿otra vez con eso? Ya te he dicho una y mil veces que la vida sigue desovillando su carretel y el hilo nos teje artesanalmente a un destino. No tientes a la avispa de los recuerdos -me dice mi abuela cada vez que le pregunto, dando por terminado el tema con un oportuno suspiro al borde del infarto. Ella nunca supo

explicarme bien lo que pasó, pareciera que mi vida comenzó el día que aparecí en su casa.

El informe seguía su repugnante relato: el saqueo y el lucro de la represión, la familia como víctima, inválidos y lisiados también blancos para la tortura, allanamientos.

Los capítulos se sucedían uno al otro sin mermar su asqueroso discurso.

El mate amargo endulzaba la lectura.

Finalmente, en la página 323 encontré el nombre de mi mamá: Ana Calónico de Juárez, 26 años, secuestrada de su domicilio el 21 de setiembre de 1977.

La vista se me acalabró y se resistía a leer. A regañadientes obligué a mis ojos a dar sus saltos decodificando líneas y letras. Eran sólo seis renglones.

Pensé inmediatamente en no volver a dirigirle la palabra a la abuela, porque si ella había recurrido a todos los organismos de defensa de los derechos humanos buscando a mamá, como me había dicho, la habría encontrado hace mucho en esta maldita página 323 igual que yo.

Me sentía brutalmente estafado, pero mi curiosidad iba más rápido que la bronca y seguí leyendo.

Así me enteré que mamá había sido vista en un destacamento militar utilizado como centro de detención clandestino llamado La Perla. Allí la habían torturado con electricidad atada a un elástico metálico luego de ser violada por varios guardias, y no se supo más de ella después de que la sacaron en un camión junto a otras dos mujeres. Se presume que fueron arrojadas al pozo de una cantera de cal sin apagar a pocos kilómetros del lugar de cautiverio.

Me floreció un sudor pegajoso en la cara y quedé ciego no sé por cuánto tiempo. Hubiera querido llorar con calma, pero la furia se me agitaba en el pecho arremolinándome los rencores y no me dejaba comportar como hubiera sido debido.

- ¡Los odio! ¡Malditos hijos de puta! -grité zambulléndome en el mantel. Me levanté tirando hacia atrás la silla y pateé doscientas veces una alfombra de cuero de vaca que Rogelio tenía entre la cocina y el living, dejándola hecha un bollo frente a la puerta de entrada.

Una fuerza irreconocible que me nacía del alma me cristalizó la garganta y tuve que hacer un enorme esfuerzo para llegar al baño a echarme agua sobre la cabeza y poder así volver a respirar.

Imaginé todas las traidoras razones por las cuales me ocultaron la verdad sobre la muerte de mi madre. ¿Acaso uno no es dueño de su historia por dolorosa y terrible que sea?

Me sentí culpable de tener bronca contra mamá por haberme dejado solo en ese canasto sucio; creo que alguna vez hasta llegué a odiarla. Me brotaron unas ganas terribles de poder pedirle perdón. Quise abrazarla en mis recuerdos pero la había borrado para no sentir ese odioso sentimiento de abandono.

¿Cómo era su cara? ¿Sus ojos? ¿Su pelo acariciaba en abrazos como los de la madre de mis amigos? ¿Era más bonita cuando se reía o cuando cantaba? ¿Jugaba conmigo? ¿Su risa sonaba a cascada o a pájaro? ¿Cómo era más allá del celuloide de las fotos? ¿Cómo era que no me acuerdo?

¡No tenían derecho a obligarme a olvidar! Yo quisiera

pensar en ella y recordar su rostro, su sonrisa. ¡No les voy a perdonar nunca que me mintieran, porque ocultarme hasta el más mínimo detalle, es como haberme mentido en todo! ¿Qué se creyeron? ¿Vivieron en mí lo que perdieron?: la abuela a su hija, Rogelio su juventud. Ellos tienen sus recuerdos, por asquerosos o tristes que sean, ¿pero yo?

"Al único que pienso seguir dándole bola es al tío Hugo", pensaba entre cortinas de bronca.

Creo que por primera vez en la vida sentí deseos incontenibles de morirme de pena.

Quería que el centrifugado de imágenes, gritos y sudores que me sacudían, acabara destripándome.

Hubiera deseado encender el fuego más irremediable del universo para quemar todo.

Me hubiera arrancado los ojos para que dejaran de pincharme las entrañas y empecé a sentir aquella furia incontrolable de hacía unos momentos. Pero justo cuando estaba envuelto en la peor llamarada de odio, vino a mi rescate una luz infinitamente celeste, como un retazo de cielo desperdigando esencias de vida, y se instaló delante mío la sonrisa de mamá, aquélla que me perseguía en sueños por las noches.

Ella se plantó frente a mí, en camisón, con su rostro acaramelado de canción de cuna, y acariciándome entre el mimbres de aquel viejo canasto, cantó una canción de cuna extraña:

- *"Botón, botella, soy hija de las estrellas.
Camilito, camilón, mi hijo será gorrión".*

Vi su rostro joven y sereno. Recordé sus nanas y las figuras que hacíamos con masa de sal cuando volvía de su

trabajo. Me acordé de las cuadras que caminábamos juntos desde la guardería a casa, contándome adivinanzas y juegos de palabras que yo trataba de repetir en mi media lengua. Escuché mi voz de niño llamándola "MAMANA, MAMANITA", compactando sus nombres, y a ella festejando mi picardía. Sentí su olor a margaritas frescas, su risa de sapo croando hipos que me arrancaban carcajadas, y caricias que ya no quería olvidar.

Su imagen se plantó frente a mí como en una nube de reminiscencias recién cortadas.

Era mi mamá, era ella. Lo supe porque luego de un momento, me recordó aquél: "Te quiero con toda mi alma, hijito; lo mejor que tengo para darte es la libertad. No lo olvides nunca" -con el que me despidió esa noche de horrores entre el mimbres. Entonces me envolvió un perfume salado de recuerdos devolviéndome la paz.

De a poco, la luz celeste se fue esfumando, desgajadamente. Entonces, recobrado de aromas e imágenes, me tiré en la cama de Rogelio y lloré.

Lloré por ella y por mí.

"Ana. Mamá. Mamana..."

Lloré por los años que nos habían robado.

"Botón, botella, soy hija de las estrellas."

Lloré por sus jóvenes ganas de cambiar el mundo.

"Camilito, camilón, mi hijo será gorrión."

Lloré por las horas de canciones que no escuché ni escucharé.

Lloré por las atrocidades que sufrió.

"Mamá. Mamanita..."

Lloré por las noches en que traté de justificar mi esencia de huérfano.

Lloré.

Amarga y pausadamente, hasta que los ojos dejaron de dolerme.

XV

Desaparecidos

*"Te rescato, cuerpo de entre las piedras blancas
te rescato, rostro, de la capucha inerte
te rescato, manos, de la distraída sogá
te rescato, amigo, de las miradas insolentes
te rescato, compañero, del olvido del silencio
te rescato en mi memoria, siempre te rescato."*

Mariana Caffaratti

En aquel galpón atestado de gemidos y lágrimas, Ana estuvo varios días, algo más de un mes.

Ella trataba de llevar la cuenta con su justiciero y ordenado razonamiento, suponiendo que cada esporádica ración de comida y agua que le traían en una lata de conservas mal oliente, equivalía a una jor-

nada.

Desde que los llevaron ahí, depositándolos espalda contra espalda, Hugo permaneció atado a su lado y a sus brazos sólo dos días, en los cuales no perdió oportunidad para insultar a los guardias cada vez que una puerta se abría.

Varias veces lo desataron

y lo llevaron, entre tirones y golpes, hasta una sala contigua de donde provenían gritos, súplicas, ruegos, por favores y llantos. Luego lo traían, arrastrándolo como a un fardo, y volvían a atarlo.

Hugo caía a su lado inerte, rígido; y Ana sentía como si la estuviesen anudando por las muñecas a un palenque.

Se quedaba inmóvil por unos momentos y cuando presentía que los guardianes se habrían retirado, comenzaba a llamarlo: "Hugo, Hugo, ¿estás ahí?" Pero Hugo no hablaba, sólo balbuceaba, intentaba un sonido, y finalmente no se resignaba, seguía gruñendo insultos en un clarísimo gemido de maldiciones.

Ana lo tanteaba a oscuras, siempre vendada y maniatada, llorando a su lado, impotente, acompañándolo en su dolor. Intuía que sus lágrimas no opacarían tanta bronca, tanta va-

lentía, más bien le daría un marco de brillo en medio de aquella humedad granate con olor a carne recién quemada.

Ella sabía de dónde lo traían así y qué pasaba en aquel lugar adonde llevaban hora tras hora a uno y a otro. La tortura estaba cerca, latente, al acecho, siempre dispuesta a arrebatárles la dignidad. Tarde o temprano le tocaría a ella.

La muerte mecía su abanico de impiedades sin importarle que aquella gente estaba dispuesta a embestirla.

El segundo día que se llevaron a Hugo al sector de la parrilla, como le decían al elástico metálico donde ataban a los presos para aplicarles la picana eléctrica, Hugo no volvió; y como única respuesta a sus preguntas, Ana recibió una patada en la boca del estómago.

Sacaban a uno, traían a

otro.

Los gritos que venían del otro lado del galpón se quebraban como sogas de un puente rasgándose justo al medio del cruce, abriendo las gargantas en el diminuto abismo que existe entre la cordura y la locura, entre lo posible y lo inimaginable, entre la vida y la muerte, como si éstas no fuesen ya las mismas caras de las mismas monedas.

Súplicas, ruegos, por favores, llantos.

Muy cerca suyo había otros cuerpos. Podía oler sus respiraciones agitadas y sus olores ácidos, a pesar de no ver nada a través de la venda que le habían atado alrededor de los ojos sus secuestradores.

"¿Dónde estoy?", decía Ana una y otra vez. "¿Dónde estamos?", balancéandose sobre su vientre como acunando una esperanza de tino.

Al cuarto día oyó:

- Me llamo Marina.

- Yo soy Mónica -las voces, apagadas y jóvenes, provenían de dos muchachas sentadas cerca de ella.

Ana logró correrse la venda de los ojos con el hombro derecho, tal como le sugería una de ellas, y alcanzó a verlas en penumbras; y girando panorámicamente su cabeza, vio también a poco más de cuarenta personas sentadas a lo largo de aquel neblinoso galpón de chapas: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, morenos y rubios, gordos y delgados.

Estaban allí pintados como sombras amuradas a las columnas que sostenían el zinc y las penas, entremezclando coreográficamente sus fantasmas con enormes cajas de madera, tan yacientes y grises como aquel paisaje.

Ana volvió a mirar a sus compañeras en proximidad y desgracia.

Mónica y Marina eran

muy jóvenes, demasiado jóvenes, casi adolescentes para haber cometido cualquier delito capital, pensó Ana tratado de entender razones apócrifas.

Marina dijo tener dieciocho y Mónica, veinte años.

Le contaron con voz de susurro que hacía una semana que estaban ahí, y que ese lugar donde las tenían era un 'chupadero' de tránsito. Los asustaban allí unos días y después los 'blanqueaban'.

Hablaban con una dudosa sabiduría, tratando de ¿tranquilizarla o tranquilizarse?

"Estas chicas intentan confortarme", pensaba mientras las miraba entre agradecida y cómplice.

Ana sabía por la organización de ayuda a familiares de detenidos y presos políticos a la que pertenecía, que tanto ella como sus infelices compañeras de destino habían ingresado a la zona gris de la re-

presión, al agujero negro del que pocos salían con palabras ni ojos para contarle.

Estaban en un centro clandestino de detención donde no se llevaban registros para verificar los ingresos y egresos de las personas, ni bajas ni altas, ni ningún dato que permitiera acusar recibo de lo que allí sucedía. Aquello debía ser un cuartel militar del III Cuerpo de Infantería. ¿El Campo de La Rivera?, ¿La Perla tal vez?

Aquellas jóvenes estaban intentando insuflarle esperanzas, o quizás eran tan ingenuas que no podían concebir que sus vidas estuvieran escribiendo sus últimos capítulos de historia antes de descascararseles la adolescencia.

Casi como una travesura, le enseñaron a Ana a aflojarse las ataduras de las manos y a volvérselas a colocar al oír pasos.

- Acá sólo caminan los

milicos -le dijo Mónica- cuando escuches un paso, actuá maniatada!

Los secuestrados escasamente respiraban y eran arrastrados por los verdugos al temblor de sus borcegués.

Ana aprendió rápidamente a distinguir cada sonido, cada intención, cada lamento y hasta aprendió a percibir entre latas, la osadía del amanecer, que regando con hilos de luz las penumbras, infiltraba su tibio hechizo por minúsculos orificios del techo del zinc.

Las jóvenes se hicieron amigas a pesar del paisaje. Se contaban sus anhelos sin mirar el horizonte.

Marina quería ser ingeniera, Mónica estaba en tercer año de Medicina.

Ambas tenían novio. Mónica le preguntó si había oído algo, cuando la trajeron, sobre su compañero, un estudiante de Filosofía, al que le decían Ni-

ño Huevón, un poco por sus redondeces y otro, por su mendocino modo de insultar. Mónica se reía y lloraba al mismo tiempo pensando en la suerte que habría corrido después de que los secuestraron juntos, a la salida del cine, hacía ya como una quincena.

Marina, a su vez, le preguntó por un tal Lelio o Rogelio, su novio de la facultad: los había levantado la cana y luego los 'chupó' el ejército, a cada cual por su lado. Ella se había enterado por otro detenido que a él lo habían trasladado a una cárcel del sur.

- ¿Al sur? ¿dónde? -preguntó rápidamente Ana empezando a sentir más cosas en común que lástima por sus compañeras.

- No lo sé. No sé más nada, acá uno sólo se informa según lo que escucha de otro, por eso te pregunto si has oído algo.

Ana le contó cómo se habían llevado a Jorge, su es-

poso, y sobre su destino. Marina respiró aliviada reencontrando un posible puente con su novio.

El portón de chapa ostentó su rasposo chillido. Las tres mujeres callaron sus verdades y volvieron a su pose de cautiverio.

Dos gendarmes pasaron por entre ellas y arrebataron de su sueño de esclavo a un hombrón acurrucado a unos pasos.

Le gritaron que se parase. Nada. Lo patearon. Nada. Lo insultaron. Nada. Lo amenazaron y nada.

El estómago de Ana comenzó a tiritar descontroladamente. El cuerpo se sacudía más allá de su voluntad.

Los dinosaurios seguían vociferando a aquel pobre hombre. Finalmente lo llevaron arrastrando por los pies, entre maldiciones y forcejeos.

Más tarde, cuando descorrieron nuevamente las

vendas de sus ojos, las muchachas vieron el reguero de sangre que la huella de aquel cadáver había marcado, premonizando un sendero del que ya no volverían.

Mónica y Marina se cubrieron de nuevo. Ana sólo corporizó en su memoria el sedoso tacto del cabello de Camilo entre el mimbre, y rogó a Dios que los represores no lo hubiesen descubierto aquella noche en su casa. "¿Dónde estará mi bebé?" "Por favor que alguien haya leído el papequito que puse en su mano con la dirección de mamá", pensó en un ruego.

Marina, de pronto, empezó a narrar como una autómatas la historia de una muchacha que había estado secuestrada y atada junto a ella hasta hacía unas semanas:

- Una noche un guardia apareció de la nada, la desató y la sacó caminando por sus propios medios del

galpón. En aquel momento pensé que la llevaban para liquidarla y lloré toda la noche por ambas.

Marina siguió contando que luego, unos días después, ese mismo gendarme le había confesado la suerte corrida por la joven:

"Yo la salvé. Lo hice porque su abuelo había sido maestro mío, y se portó como un señor una vez que mi viejo se quedó sin laburo. Le liberé la nieta, ahora ya no le debo nada a nadie", dijo justificándose.

"La llevé hasta cerca de su casa. Le ordené que corriera y no se sacara la venda hasta que el auto se hubiese alejado".

- Vamos a salvarnos -repetía Marina como corolario- Vamos a salvarnos -gemía- Vamos a salvarnos - ...una y otra vez.

Ana y Mónica creyeron que Marina deliraba, y la dejaron narrar aquella historia varias veces, de corrido. Cuando Ana vio que

no pararía por sí sola de hacerlo, se arrastró hacia la muchacha, la acomodó como pudo en su regazo y la acunó contándole todo lo que sabía sobre aquella cárcel del sur donde estaría su novio.

Pronto, las cortinas de metal descorrieron otra vez su temerario velo llamando nuevamente a la rutina de torturas.

Los pasos regresaron y se encaminaron justo hacia ella.

La aurora no podía ser menos densa.

Levantaron a Ana y la condujeron a la sala de los lamentos. Ella sólo los vio por un instante cuando la arrojaron contra la cama metálica, luego una luz incandescente sobre su cara la cegó por completo, y pensando en Jorge, en Camilo, en su tío Hugo y en su mamá Esther, Ana perdió la noción del abuso y del dolor.

La escena se repitió du-

rante un mes cada tres días: una vez Ana, otra Marina, otra Mónica. Como en un macabro casino de turnos de ruleta rusa, en el cual una perinola marcaba con su *'toma todo'* a alguna virgen para el sacrificio.

Ana, además de distinguir cada sonido, cada intención, cada lamento, aprendió a poner su mente en blanco hasta que una incandescente luz celeste la cegaba, sumergiéndola en una nube de abstracciones que la arrancaba de ese sitio y la transportaba a cualquier cielo.

Luego de cada sesión de tortura, pasaban horas de inquebrantable silencio. Más tarde, de a poco, se incorporaban a la vida, resistiéndose a dejar de sentirse humanas.

Conversaban y se contaban intimidades. Hablaban de amores, de sus primeros besos, sus primeras caricias, sus primeros en-

cuentros con el placer. Luego, como mechando bocadillos de infracciones, se pasaban un dato o un nombre escuchado en la sala de torturas, o describían a alguien que de algún modo pudieron ver, a fin de alertarse entre sí, y compartir la información por si alguna salía viva de aquel infierno para denunciar sus demonios.

Disciplinadamente, después de la ración de comida, Ana contaba historias sobre Camilo. Todo. Desde la gestación y el parto, hasta la salida de su primer diente, sus ñañas, sus travesuras, su media lengua y su voccecita llamándola "Mamana".

Las jóvenes se imponían la risa como un legado de vida.

Finalmente una noche las sorprendió el destino juntas, conversando como viejas amigas.

Las bestias se acercaron sin palabras ni insultos y

cargaron en andas a las tres muchachas. Las arrastraron a la intemperie, las subieron a un camión. Marina volvió a recitar, como una amanuense, aquella historia de la muchacha liberada, repitiendo:

- Vamos a salvarnos... vamos a salvarnos.

Anduvieron unos kilómetros y las bajaron en un descampado monocromático de piedras calizas.

El rocío las bañó con un desconocido y renovado sabor.

A Ana le sorprendió comprobar que a la intemperie la vida seguía su ciclo, inalterablemente.

Al oír los roces de las armas sobre su espalda, Marina lloriqueó, más de rabia que de miedo.

Mónica rezó un viejo

poema de infancia.

Ana pensó en Jorge y en Camilo y se predispuso a enfrentar nuevos simulacros de fusilamiento.

Esta vez ningún verdugo jugó a repetir "*apunten, fuego*".

Las bestias les arrancaron las vendas de los ojos descubriendo sus rostros, y ellas pudieron ver sus fauces desgarradas, sus colmillos, sus ojos sin alma.

Cuando Ana los vio de frente sintió pánico de pensar que esos hombres eran también personas.

Los miró con la frente en alto, desafiante. Sólo encontró el hueco de sus crueldades.

Entonces abrazó a sus amigas y las tres supieron que había llegado el fin.

XVI

No hay tumbas para la memoria

*"El que salve una vida,
salvará al mundo."
La Mishina*

Tras los postigones, las estrellas pintaban finales trágicos a la noche.

Creo que me dormí un buen rato.

Me hubiese quedado a vivir entre aquellas sábanas si no fuera porque estaba en el departamento de Rogelio y no quería verle la cara cuando regresase. No se me ocurría por qué aún no habría vuelto, aunque ahora sabía que era tan cagón como capaz de haber entrado al departamento, y al verme abrazado a aquella página 323, salir huyendo. No le iba a hablar nunca más. ¡Él se decía mi amigo!, me hablaba de valor revolucionario y qué se yo qué. ¿Qué pasó con el valor para enfrentar la verdad y la amistad? ¡Cuánta sanata! La abuela es vieja, pero él, ¡cagón, cagón, recagón!

Yo confiaba en Rogelio. Una vez le pregunté por mi mamá y sólo una vez me alcanzó para creerle que no sabía más de lo que me habían contado. ¡Qué! ¿No iba a conocer ese informe si él mismo figuraba allí como víctima y denunciante?

No deseaba verlo, ni escucharlo, no quería respuestas con años de atraso ni mentirosas excusas. ¡Qué manera de escapársele la vida! ¡Bah!, de última, ¡me da lástima!, porque creo que Rogelio jamás salió ni saldrá de la cárcel. Se le han incrustado las rejas en el cerebro, y ni todas las minas que se levanta a diario, ni todos los negocios que trama, ni toda la plata del mundo, le sirven para recuperar el tiempo perdido, y menos aún para liberarse.

¡Pero estoy harto de sentir lástima! ¡Lástima por todo el mundo! ¡Es tan mediocre y estúpidamente injusta la lástima!

Volví a casa deshilvanando las hilachas del amanecer y la impotencia. El aire de la madrugada parecía más frío y hueco que nunca.

Llegué maldiciendo a mis botines que rechinaban a propósito sus gomas para despertar a la abuela, y tampoco quería verla.

Abrí gatunamente la puerta. Las llaves se portaron bien y no me delataron con su serenata de cascabeles; pero cuando me disponía a atravesar sigilosamente el pasillo rumbo a mi dormitorio, una sombra se acomodó sobre mi nuca como esperando un gesto.

"¡Si me toca el hombro le parto el brazo!", pensé sin medir las distancias del odio. Pero en el fondo de mi mente, en ese baúl perfumado con cosas no dichas, sabía que estaría esperándome con su silencio cómplice.

Me siguió hasta la pieza y dejé la puerta abierta para que pudiese entrar. A oscuras me senté en la cama y el tío Hugo hizo lo mismo.

- Nunca me preguntaste a mí sobre tu madre. Todos estos años estuve esperando tu señal -me dijo murmurando un consuelo.

Era cierto, yo jamás recurría al tío Hugo para hablar en serio. La abuela era mi punto de referencia, me resolvía todo. El tío solamente estaba allí, trabajando en la despensa y mirándome crecer. Mudo, risueño, ocupando algún lugar del silencio con la mirada clavada en un paraíso remoto, escribiendo poemas sobre una hoja, o contando las nubes para justificar su existencia de capullos. La abuela siempre decía que el tío estaba un poco loco, y yo sólo lo buscaba cuando necesitaba que me ayudara a hacer barriletes o para que me empujara el asiento de la bicicleta y para zafar de las tareas escolares.

Él no daba órdenes, sólo ejecutaba acciones solidarias. "Ya lo hiciste mal una vez, dejá que yo eduque a Camilo", le decía la abuela cuando me daba chocolates antes de comer.

- ¿Vos sabías lo de mamá? -le pregunté.

- Sí, pero a veces la realidad se escribe con tinta que no coagulan los ojos -me contestó, y luego de unos segundos, que tal vez fueron siglos, siguió diciendo:

- Ella está allá, Camilo... -señalaba la ventana-... navega por el celeste de cada mañana.

Me miró con su punzón de ternura y siguió hablando como si las palabras escaparan de un encierro milenario:

- Tu mamá hizo lo que tuvo que hacer en el momento en que se lo pintó el almanaque del alma. No hay forma de

escaparle al amor y al destino -susurró y volvió a zambullirse en el universo de la pared y de los recuerdos:

"Ana me había pedido que le ayudara a localizar a tu padre. No fue fácil.

Recorrí todos los cuarteles y las cárceles del país. Soborné guardias, hipotiqué esperanzas hasta que por fin, colaborando con una organización internacional de ayuda a presos políticos, lo hallé en una cárcel militar del sur.

Me quedé a vivir por esos pagos ganándome la vida como pintor de obra y así, en unos meses, logré datos precisos sobre el paradero y la situación penal de Jorge, lo cual obligó a los milicos a blanquearlo, a reconocer que lo tenían detenido. Tu madre entonces, con esos datos precisos, pudo reclamar por él y Jorge pasó a ser un preso a disposición del Poder Ejecutivo Nacional.

Anita anduvo mucho en-

tre abogados y carceleros, y su pasión por la justicia la llevó a pedir también por otros presos, a ayudar a otras esposas, madres y hermanos a hallar a sus seres queridos o por lo menos a reclamar por ellos.

Con el fin de apoyar a mucha gente que pasaba por lo mismo que ella, colaboró en la creación de la filial nacional de la organización de familiares de detenidos y presos políticos, mientras yo seguía en el sur.

A través de una enfermera del presidio que era mi contacto en la organización, pasábamos mensajes adentro de la cárcel. Yo le enviaba a tu padre noticias sobre nosotros.

Un día él me escribió una nota que jamás leí pues la enfermera -sospechada por un miliquito- tu-

vo que tragársela antes de poder salir.

Yo trabajaba de pintor y actuaba como el novio de la enfermera. Mi misión era retransmitir a través de la red de resistencia, los datos que recogía sobre tu padre y otros detenidos desaparecidos. Así pudimos blanquear la situación de varios, entre ellos también la de Rogelio.

No podía irme de allí, había logrado infiltrarme sin sospechas para recibir y pasar información.

El día que finalmente descubrieron a la enfermera, se pudrió todo. Ella alcanzó a huir a una población mapuche donde los indios, poniendo cara de no saber qué estaba pasando, la ocultaron y sacaron

a través de la frontera.

El enlace entre el sur y la ciudad también cayó, y yo tuve que escapar cruzando la meseta hasta el mar. Allí me escondieron unos pescadores alrededor de diez semanas. Cuando por fin estuvimos seguros de que los milicos no tenían mi identidad, la organización me permitió volver a casa.

Hubiera preferido no regresar nunca. ¡Yo que creía haberlos burlado! ¡Qué estúpido!

En mi ausencia esas bestias habían arrancado a mi niña. Cuando volví se habían llevado a Ana y no hubo nada que pudiésemos hacer.

La mataron al mes y medio de secuestrarla."

armar el barrilete de Joje?

- No, nunca supimos cómo llegó ese plano a tu nombre. Yo sólo escribí aquella carta que según Esther, tu mamá acariciaba todas las noches.

- ¿Cómo era la cábala que mamá repetía de pequeña, ésa que dio nombre a mi nombre? -quise calibrar sospechas.

- "*Botón, botella, soy hija de las estrellas.*"

Camilito, camilón, mi hijo será gorrión." -cantó el tío Hugo.

Cuando terminamos juntos la retahíla, las narices de la aurora se precipitaron sobre nuestros reencontrados recuerdos. Lo abracé porque necesitábamos consuelo y la noche amenazaba desgarrarnos con sus pupilas teñidas de amanecer.

Lo escuchaba como si estuviera susurrándome el cuento de las buenas noches, y aferrado a la compasión le pregunté:

- ¿Vos escribiste aquella carta con las instrucciones para

XVII

El perdón es un boleto sin olvido

*"Mientras devano la memoria
forma un ovillo la nostalgia
si la nostalgia desovillo
se irá ovillando la esperanza
siempre es el mismo hilo."
Mario Benedetti*

Llegó el viernes y yo seguía encerrado en mi habitación sin dirigirle la palabra a la abuela. Ni a la cancha había ido, y eso que jugaba Maradona contra Belgrano, y Rogelio me había mandado la entrada de regalo con el banderín nuevo de Los Piratas, con su proverbial y estrecho modo de *aquínopasónada*.

Me daba un poco de pena oír llorar a la abuela, pero estaba tan rabiosamente enojado con ella y tan asquerosamente relajado con la espesa miel de su sobreprotección, que las razones me empalagaban los sentidos y los sentires.

Diego se pasaba el día en casa intentando hacerme salir

de mi cuarto, pero él no podía comprender mis broncas. ¡Qué iba a entender!, si su mayor problema en la vida había sido agarrarse a piñas con unos pibes a la salida de una fiesta y armar un despelote de sopapos que terminó en la seccional de policía. Sus viejos, luego de rescatarlo y sermonearlo, le impusieron una veda de salidas durante un mes; y para contrarrestar la pena, su mamá a escondidas le endulzaba el castigo llevándole alfajores y licuados. ¡Vaya drama su vida!

Esa mañana Diego entró a mi pieza dando un portazo:

- ¡Qué te crees, idiota! -arrancó con su vozarrón de tormenta mientras empujaba la barricada de camisas, zapatillas y vaqueros sembrados por el parquet para impedir el ingreso a mis dominios.

- ¿Te creés el único tipo en la tierra que sufre?, ¿o quizás el dueño del dolor del mundo por lo que te pasa? -actuaba, remedándome con tono de falsete.

Yo ni siquiera lo miraba para no matarlo.

- ¿No se te ocurre pensar que es una reverenda mierda saber que a tu mejor amigo le mataron los padres y uno como un pelotudo se creyó que por algo habrá sido? - pateó el fútbol certeramente a mi cabeza.

- ¿Dónde estaba yo cuando esto sucedía? ¿Dónde estábamos todos? -se preguntaba sacudiéndome, pero yo ni lo miraba ni contestaba, porque no podía hacerme cargo, también, de la ingenuidad de mi generación y la traición de otras.

Diego seguía con su cuestionario:

- ¿Creés que no me acuerdo de aquella siesta que quemaba de soledad y con mi camioncito pasado por agua no pude salpicarte más que una sonrisa? ¿No se te ocurre

pensar que me muero de bronca por no saber qué hacer para ayudarte con esto? -confesó hundiendo su cabeza en un almohadón para no mostrar que lloraba.

Sus lágrimas olían también a injusticia y dolían como pena prestada. Entonces me levanté de la cama y lo abracé enredándome en su pelo, el más suave y lacio del mundo.

Diego me consoló como pudo y de a poco me destrenzó de su cuello con firmeza. Luego revolvió entre mis discos compactos y encendió el equipo de música. Subió el volumen hasta hacer tiritar los vidrios y allí nos quedamos, cada cual enroscado en su rincón, reencontrándonos como todos los días, acompasando con los pies el ritmo de conocernos sin palabras, sin disculpas, sin permisos, sin lástimas.

*Imagine there's no heaven
It's easy if you try...*

Sonaba la música. Diego y yo nos concentramos en nuestros propios hallazgos y tarareábamos.

John Lennon insistía:

*Imagina que no hay ningún paraíso,
es fácil si lo intentas,
ningún infierno bajo nosotros.
Sobre nosotros sólo el cielo.
Imagina a toda la gente
viviendo al día.*

*Imagina que no hay países,
no es difícil hacerlo.
Nada por lo que matar o morir.
Tampoco ninguna religión.
Imagina a toda la gente
viviendo la vida en paz.*

Me encantaba escuchar a John Lennon. Sabía que a mis viejos también. En una foto que tenía de ellos, aparecían sonrientes sobre un telón de fondo con un afiche de Lennon barbudo, pelilargo y con un sombrero de ala blanca, al lado de otro poster del Che.

Yo también había comprado uno. Un afiche enorme de una caricatura de John donde se destacaban sus anteojos redondos pintados en verde fosforescente y que con sus patillas escribían la palabra *FREEDOM*. Lo había colgado sobre la pared del respaldo de mi cama junto a otros posters de Charly, Fito y la Negra Sosa.

*Puedes decir que soy un soñador,
pero no soy el único.
Espero que un día te unas a nosotros
y el mundo será uno.*

*Imagina que no hay posesiones,
me pregunto si puedes,
sin codicia ni hambre.
Una hermandad del hombre.
Imagina a toda la gente
compartiendo todo el mundo.*

*Puedes decir que soy un soñador,
pero no soy el único.
Espero que un día te unas a nosotros...
y el mundo será uno.*

- "An de guor güilbís uan..." -cantábamos Diego y yo junto a Lennon, en un inglés de chacarera.

Cuando se acabó el CD nos fuimos al comedor; Diego me llevó casi arrastrando. Allí estaba la Bucha, pintada al lado del mantel.

- Ya el sol giró su sacapuntas y con su lápiz saldó algunas cuentas... -canturreó el tío Hugo a modo de saludo.

Impulsada por un resorte, la abuela corrió a la cocina a servirnos el almuerzo sin esperar palabras. Por primera vez no le recordó al tío que se callara, ni le gritó "viejo chiflado".

Por segunda vez en pocos días, yo lo abracé cuerdo de agradecimiento y lo besé en la pelada.

Frente a las milanesas con papas fritas, el tío Hugo y Diego competían a mordiscones por quién disimulaba el almuerzo con mayor simpatía.

La abuela Esther iba y venía ofreciendo comida a modo de disculpas. Yo la miré de reojo y la vi distinta.

Seguía siendo como el pan casero recién horneado, entibiando las sombras con caricias, pero en su falda ya no empieza ni termina la noche. Está vieja, más vieja que nunca, y ha sufrido tanto, ¡tanto más en estos días!, que creo que ya no se le mezclan los recuerdos con los deseos como una ensalada de broncas e ilusiones. Ahora sé -y me parece que lo intuimos los dos- que estar vivos y juntos es un designio que ni ella ni yo podremos jamás soslayar.

Las miradas indirectas reventaban en burbujas y se estampaban contra los muebles disimulando el ruido de los bocados al masticar, y de mis tripas que trituraban bronca. Las palabras se resistían a desfilar y se me atrincheraban en la garganta y en los lagrimales.

Para la hora del postre, Diego me recordó, mientras devoraba una banana con dulce de leche, que era viernes: "¿No tenías una cita con Carola?"

Las burbujas se acalambraron y en el acto se me volvió

a enrular el nombre de Carola al ombligo deslizándose como una flecha por la pendiente de mi pierna derecha, hasta hacerme tantas cosquillas en el dedo gordo del pie, que tuve que sacarme la zapatilla.

No sé cómo -creo que la culpa fue de las burbujas que de algún modo fertilizaron el ambiente- me floreció una sonrisa ancha y colorada que salió volando por entre mis dientes y se puso a revolotear, ni que fuera a propósito, justo encima de la abuela Esther.

No quería que Diego ni la Bucha la descubrieran y se dieran cuenta que el amor me pintaba mariposas como si yo también fuese un baboso, menos aún en aquella ocasión.

Cuando me paré a recuperarla, la Bucha -seguro pensó que me acercaba a ella porque quería hacer las paces- me abrazó y sólo dijo "perdón".

Entonces yo, que quería atrapar esa sonrisa delatora y acabar de una vez por todas con esa situación, levanté mis brazos y en la captura, la apreté contra mi pecho sin palabras; y sin permiso, nos sorprendió la alegría llorando por el reencuentro.

- El perdón es un boleto sin olvido... -le susurré lo que tantas veces le había oído decir al tío Hugo- ...: pero te quiero, Bucha.

Diego nos miró aliviado. El tío Hugo dejó de husmear nubes y nos convidó una mueca deshojada de culpas, mientras tarareaba: "*Puedes decir que soy un soñador, pero no soy el único*".

XVIII

Una generación en la balsa

*"Tampoco yo voy a la deriva,
en torno gira el mundo, leo
mi historia como guardián nocturno
en las horas de lluvia..."*

*... el fin es una superficie por la que viaja
el invasor de mi sombra."
Salvatore Quasimodo*

QUERIDO CAMILO:

Sé que no querés hablarme. Sé que te sentís estafado, por eso recurro a esta carta que tal vez leas antes de romper.

No pienso pedirte disculpas, tampoco quiero reproches, ¡estoy podrido de sentirme como un naufrago, de dar explicaciones, de rogar perdones! Sólo voy a contarte lo que tal vez, si podés leer más allá de la furia, te sirva para entender que no lo hicimos adrede, sólo sucedió viviendo.

Fuimos una generación transgresora y valiente. ¡Sí!, éramos rebeldes, ¿y qué?

"Estoy muy solo y triste acá, en este mundo, abandonado...", sonaban Los Gatos maullando una visión insatisfecha del mundo.

La rebelión adolescente se preparaba para un concierto de voces y pelos largos reclamando libertad, igualdad, una sociedad más justa y menos hipócrita.

*"Con mi balsa
yo me iré a naufragar."*

Los transeúntes de la generación del cincuenta, sobrevivientes de la década del setenta, sabemos qué pronosticaban esas líneas, y las seguimos cantando y recantando, como quien raspa la costra de una herida empañada en no cicatrizar jamás, tratando de hacer terapia sin el Winco, o con un pibe como vos, con el sordo propósito de encontrar alguna remota explicación al asunto, de por sí irracional, que a uno le tocó en suerte padecer.

Intentando acusar recibo de tanto discurso de mercado, innumerables impuestos y abusos, infinidad de días arrancados del almanaque como si acá no hubiese pasado nada, con descendencia adolescente que lo mira a uno como si fuese un delirado de nostalgias, con listas de amigos asesinados o desaparecidos, con una historia de golpes y torturas a cuestas, con una agenda de utopías incumplidas.

Habría que preguntarse, ¿qué fue de nuestra vida entre tanta muerte?

Es duro y difícil saberse vivito y coleando con la culpa de no haber sido señalado para el asesinato en

una cantera de cal o para ser arrojado desde un avión al mar. ¿Sabés cuántas veces me pregunté por qué me tocó a mí estar todos esos años en cana y no a Manolo o al Gringo? Ellos pudieron exiliarse, en cambio yo no alcancé a rajar, y aunque hubiese podido, no lo hubiera hecho sin mi novia, Marina, esa chica por la que me preguntaste alguna vez. ¿Te acordás? Nos arrestaron juntos, pero a Marina no la blanquearon y a mí sí. ¿Por qué?... no se sabrá nunca...

Luego a mí, como a tantos, me bailaron con la picana, sin embargo no me mataron como a otros. ¿Por qué le tocó a tu viejo ese día de pedicuría, como le llamaban los cerdos al arrancado de uñas, para torturarlo? A mí me saltaron, porque sí, porque se les dio la gana. ¿Qué hice bien?, ¿qué hice mal? La razón estaba inválida.

¿Ya te enteraste que Marina estuvo en el mismo centro clandestino de detención que tu vieja y corrieron idéntica suerte?

Estuvieron juntas los últimos días de sus vidas. Supe por compañeros de cautiverio de ellas que luego fueron liberados, que pasaban horas cuchicheando, y que tu mamá fue como una hermana mayor que las acompañó y consoló, a Marina y otra chica de nombre Mónica, hasta el final.

Yo no conocí a tu madre, no te mentí. Sí supe mucho de ella, primero por tu padre que no hacía más que nombrarla y soñar con su Ana, y luego me enteré de su muerte por tu tío.

Tu mamá hizo mucho por mí, pues sabrás que intentando salvar a tu viejo, salvó a varios de nosotros allá en el sur, sin conocernos ni el nombre. En mi caso, logró

blanquearme y así mis viejos pudieron venir a mi rescate con un batallón de abogados. Claro que recién varios años después, ya en democracia, pude salir.

Tu padre no llegó a la época en la que a los que sobrevivimos, nos liberaron, y en una de esas, tal vez fue mejor así, porque él jamás supo que Ana había sido secuestrada. Jorge murió creyendo que ustedes dos, tu madre y vos, estaban a salvo de la locura.

Cuando salí, lo primero que hice fue ir a tu casa, aunque tu viejo hacía un tiempo que había muerto. Yo quería conocer a tu madre y agradecerle personalmente lo que había hecho por nosotros, además me imaginaba que querría escuchar muchas cosas sobre Jorge.

Yo tampoco sabía que ella ya no estaba, que hacía años que no estaba; y al verte a vos, tan huérfano y frágil, creí que lo mejor era lo que tu abuela me hizo prometerle: que te enteraras de toda esta mierda cuando tuvieras edad para llorarlo, que sería más fácil para vos la explicación de un accidente.

¿Me equivoqué?

Tal vez... No sería la primera vez.

Luego vinieron las visitas, los permisos de tu abuela para llevarte a la cancha, la amistad que en estos años de tu adolescencia me mezclaban los años vividos con los fantaseados, y por qué no decirlo, mis ganas de creer que quizás podrías ser mi hijo.

¿Acaso no fue como una premonición que Marina y tu vieja compartieran un destino?, ¿que tu padre y yo, otro?

Tal vez sea tiempo de que vos también te preguntes por qué no te vieron las bestias dentro del canasto en el que te dejaron: ¿quiénes te llevaron a la casa de tu abuela?, ¿habrá sido uno de los mismos secuestradores de tu madre, compadecido vaya a saber por qué?, ¿qué vecino pudo hacerse cargo de tal piedad?

Si leíste el libro completo sobre el que te vi durmiendo en mi departamento hace unos días, habrás visto que ni los pibes se salvaron del genocidio de la dictadura; centenares de niños nacieron en cautiverio y nunca más se supo de ellos, otros eran robados al momento de ser secuestrados sus padres y pasaban a manos de cualquiera, o eran vendidos, o terminaban integrando la familia del algún represor.

El sadismo y la perversión fueron moneda corriente. No teníamos alma para entenderlos.

Niños y ancianos eran torturados en presencia de sus familiares para que éstos confesaran o botonearan a alguien.

No teníamos estómago para digerirlo.

Era un delito ser joven. La gran mayoría de las víctimas de aquellos sangrientos cazadores éramos pibes y muchachas de entre dieciséis y treinta años. ¿Qué atrocidad habíamos cometido? Unos, creer que podíamos cambiar las relaciones de fuerza del poder; otros, tener participación activa en centros de estudiantes o sindicatos para combatir el terrorismo de Estado; y algunos, sólo formar parte de la libreta telefónica de alguien considerado subversivo.

A nosotros no se nos hubiese ocurrido ni en

una película de ciencia ficción lo que pasó.

Nosotros creíamos en la libertad y en la superación del hombre por el hombre.

"Tengo una idea
es la de irme
al lugar que yo más quiero."

¡Cuántos ideales teníamos! ¡Cuánta voluntad por creer que la humanidad era posible ser vivida con igualdad y dignidad! ¡Cuánta sangre derrochada en combustión de agua!

¡Qué hacer con aquellos sentires!

¡Dónde poner las ganas de volver a empezar!

¡A quién cargarle el muerto de una juventud padecida como un pecado!

¡Dónde arrinconar las miradas de ingenuidad que quedaron prendidas en la memoria de nadie!

Fuimos jóvenes íntegros, ¿demasiado crédulos?, ¿extremadamente idealistas?, tal vez; pero con ilusiones solidarias empapadas de aquella extraña mezcla de tabaco, fusiles, estrellas, panfletos, estudios, trabajos, militancia, folklore, rock and roll, amor libre y responsabilidad cívica... ¿Fuimos jóvenes?

"Me falta algo para ir,
pues caminando yo no puedo,
construiré una balsa
y me iré naufragar."

Construimos puentes que más que unir,

separaron. Distanciaron los anhelos de lo posible. Fabricamos castillitos de papel que las bestias quemaron junto con los libros de Cortázar y Benedetti.

Edificamos ilusiones que no cabían en esta tierra del terror y la corrupción.

Elevamos amenazas, amenazamos con revoluciones, revolucionamos el deseo, ¿deseamos lo imposible?

Construimos una enorme balsa para salvarnos, para salvar al mundo, pero salimos a naufragar. Nuestro propósito no fue el suicidio, pero naufragamos igual.

Hoy se analizan los hechos contando los cadáveres, sacando polvo a la historia, revisando los grupos que hicieron esto y aquello, buscando culpables y víctimas.

¿Querías verdades? ¿Qué verdades? ¿Las que tarde o temprano ibas a leer en ese libro?

Yo aún no hallo respuestas, quiero saber dónde está la balsa, quiero montarme en ella y navegar sin bronca, sin pena, sin olvido, sin resignación, sin rencor; indultado de melancolía, con ganas de creer que las generaciones que vienen no van a naufragar en leyes de reconciliaciones forzadas, y puedan resucitar en un mundo donde todavía sea posible el honor.

Camilo, te dije que no te iba a pedir disculpas y no lo voy a hacer. No tengo más perdones disponibles en mi agenda de reclamos. Sólo quiero que sepas que hice lo que pude, lo que me salió, lo que me tocó vivir.

¡Qué le voy a hacer! Tengo conducta de sobreviviente, culpa de sobreviviente, cultura de

sobreviviente.

Vos deberías tener un poco también, porque a los pibes como vos también les toca sobreponerse a este plan del olvido, a este premeditado mundo de mercadeo, a este naufragio de utopías.

"Tengo que conseguir
mucha madera,
tengo que conseguir
de donde sea."

A veces, cuando analizo esta vida dada vuelta y sin valores, me da ganas de escapar. No sé a quién debo temer. Miro a un lado y a otro tratando de individualizar responsables, ¿y para qué?

Más de una vez he tenido que sobreponerme a la paranoia de una sombra que me persigue en pleno centro de la ciudad, y entro a un negocio a comprar cualquier cosa para disimular el pánico. De pronto reconozco en el sujeto que me cobra, y al que los demás llaman persona, un gesto, una mueca, un olor o el perfil de algún maldito represor que padecí por los cráteres de la dictadura, y me corre un escalofrío en el alma y unas ganas terribles de abrirle la cabeza a patadas. Luego pienso que para qué, si van a volver a decir que él obedecía órdenes y está indultado de culpa y cargo, en cambio yo, cargaré de por vida el estigma de violento y subversivo. Entonces le recibo la factura de compra y el vuelto que me tiende con una sonrisa de mercader del infierno, y sigo caminando, pensando que por nada del mundo quiero volver a estar preso.

Siempre me pregunto: ¿cómo saber si quien viaja a nuestro lado en el ómnibus, quien se sienta a

nuestro lado en el cine, la chica que nos presentan para salir el sábado, no es arte o parte de quienes nos mataron?

Estamos todos mezclados, como si lo sucedido fuese un designio del más allá, y ahora, perdonados e indemnizados, formamos parte del mismo zoológico de hipócritas, como si por decreto los asesinos hubiesen dejado de ser asesinos y los torturadores ya no fuesen capaces de volver a torturarnos.

Es como si uno hubiese vivido en una mancha de aceite, jugando a levantarse y caerse en el mismo agujero.

¿Fuimos jóvenes? A veces lo olvido, otras creo que en realidad fue un espejismo.

Algunos me reprochan que no haga ostentación de dolor, que no me erija en mártir. ¿Cuántos años más tengo que perder en la aureola de los lamentos? ¿Qué más puede hacer un tipo como yo, que sólo sobrevivió en una balsa prestada?

Me cambiaron el libreto.

Ésta no era mi película. Ni ésta del exterminio de pasiones, ni aquélla de la tortura.

Tal vez parezca muy duro lo que voy a decirte, pero me parece que la única e injusta diferencia entre tus viejos y yo con respecto a aquellos años, es que yo estoy obligado a contarlos y a seguir pidiendo disculpas por estar vivo.

"Y cuando iba a ser feliz
a partir hacia la locura.

Con mi balsa
yo me iré a naufragar.

Con mi balsa
yo me iré a naufragar."

No pensaba ensayar una disculpa, y no voy a hacerlo; al fin y al cabo no hay que amargarse más de la cuenta por nada, porque al final, lo mismo, lo que debe ser, es, ¿te acordás?

"Estoy muy solo y triste acá
en este mundo abandonado,
tengo una idea es la de irme
al lugar que yo más quiera,
me falta algo para ir
pues caminando
yo no puedo,
construiré una balsa
y me iré a naufragar."

Ojalá que ahora que hallaste tus respuestas ya no estés triste ni vuelvas a sentirte abandonado.

Ojalá tengas muchas mejores ideas para llegar a donde se debe llegar: la paz.

Ojalá que tu balsa no naufrague y que alguna vez puedas contestarme esta carta sin sentir lástima por mí.

Todo mi afecto.

ROGELIO

XIX

La memoria de los sapos

*"Viviste al fin, y por eso
dejé ir a las libélulas..."*

Alberto Girri

¡Menos mal que Diego me arrancó de mi dormitorio aquel día!

Después de tantas revelaciones, hallazgos y desencuentros familiares, aquel viernes en que habíamos quedado en vernos con Carola -cita que por suerte Diego había tenido el buen tino de recordarme durante el almuerzo- llegué al lugar fijado con el corazón esculpido de sorpresas y la mariposa del reencuentro todavía a la expectativa. Era nuestra primera cita.

Yo seguía enojado con mi abuela y más aún con Rogelio; pero a pesar de estar con un humor terrible, un remolino en el pecho me producía taquicardias desconocidas y me succionaba hacia el puente Avellaneda, sobre el río Suquía, donde Carola había propuesto reunirnos.

A la hora establecida, ella me esperaba envuelta en su sol rojo; y al verme caminó hacia mí quemándose en su verde. Mi mariposa voló a rescatarla.

Ella la posó en su dedo índice y la acarició con las mejillas hasta que el revoloteo desapareció tras una peca.

Con un "hola Camilo" me llevó de la mano a caminar por la costanera del río. Allí nuevamente, no sé por qué ni cómo, imantado a su sonrisa le conté todo lo que había descubierto sobre la muerte de mi madre, lo que le habían hecho. Le dije que me sentía un imbécil por haberla culpado de mi abandono, que era un miserable por haber pensado así de ella en todos estos años. ¿Podría mi mamá perdonarme?

- ¿Cómo puede tu madre perdonar lo que nunca tuviste posibilidad de saber? -me dijo intentando acortar mis culpas.

- Yo creo que no vale la pena seguir penando, Camilo; si no fuese así, ella no hubiese venido a rescatarte del horror de aquellas páginas, ¿no te parece?

Quise sentir por un rato que Carola tenía razón, pero como no pude dominar mi ira, seguí con mis reproches y mi furia contra la abuela y contra Rogelio. Desplegué la carta que él me había mandado y que yo había leído infinidad de veces. Juntos la repasamos sin entenderla del todo, pero sintiendo que cada frase merecía litros de explicaciones.

Le conté luego, sobre el extraño sentimiento que pendularmente me llevaba de la tristeza a la risa, al pensar en Diego y en el tío Hugo masticando como famélicos en aquel almuerzo donde volví a hablarle a la Bucha.

Le confesé que a la abuela Esther no quería perdonarla

pero tampoco podía vivir sin su cariño. Era asfixiante no poder hablar con ella, no pedirle el té en la cama, no esperar sus gestos de protección. No quería perderla y tampoco olvidarme su traición.

Carola me escuchaba sin señales. Un silencio pegajoso y gris se tendió sobre nuestros modos de entender lo sucedido.

¿Cómo articular reconciliaciones ante tanta desolación?

¿Por qué esta historia que era mía de pronto se mezclaba con una historia de todos?

¿De dónde sacar argumentos para vivir con este enfermizo dolor?

Ella quebró la impotencia del momento con una morisqueta, creo que para que pusiera en remojo mis reproches, y empezó a declamar con gestos exagerados algunos proverbios de Machado -parecía sabérselos a todos de memoria- y los repetía unos tras otro sin parar:

"Entre el vivir y el soñar hay una tercera cosa. Adivínala".

"Busca en tu espejo al otro, al otro que va contigo".

Yo quedé desconcertado, pensando que todos nos estarían mirando como a locos. De pronto no me importó qué dirían los demás y sólo la admiré, en una actitud que de a poco se convirtió en adoración.

Luego Carola se soltó de mi mano y correteó delante mío haciendo pucheritos y sonrisas de juguete. La atrapé por la cintura y la tiré sobre el césped. Rodamos unos metros hasta el río y paramos justo a tiempo para no caer al agua.

Como los transeúntes se paraban a espiar nuestra intimidad, nos descalzamos y nos sentamos en la orilla a

ver cómo el agua nos refrescaba urgencias mojando nuestros pies desnudos; entonces, pequeños remolinos del río nos remontaron a conversaciones pendientes.

Hablamos de la historia compartida. Yo de mis padres. Ella de su tía Marilú. ¿Cómo podía haber gente que todavía siguiera desconociendo o dudando o disculpando la responsabilidad de los tiranos ante tantas muertes?

Cotejamos nuestros anhelos de libertad, de verdadera y necesaria reparación.

La sinrazón insistía con poseernos, pero nos resistimos al silencio.

En un momento, cuando toda palabra pareció estar de más, ella insistió en que fuésemos juntos al cementerio a llevarle margaritas a Joje, aunque terminaran como siempre en la tumba del lado, en la de esa tal Mercedes.

No tuve más remedio que consentirla.

Siempre había ido solo a visitar la tumba de mi padre, nunca había llevado a nadie, ni siquiera a Diego, menos aún a una chica, pero ese día me pareció pertinente. Supuse que a Joje no le importaría aquella infracción a nuestra intimidad.

Cuando llegamos a su tumba, me sorprendió ver que de una semana a la otra, las verbenas del montoncito de tierra de papá habían comenzado a destellar aromas y colores como si las nubes grises de mi dibujito de siete años, hubiesen llovido jugo de frutas durante un milenio.

Mientras yo conversaba con Joje sobre mis descubrimientos, mis culpas y las recientes noticias acerca de mamá, Carola se alejó hasta un álamo plateado que crecía a unos metros. Pensé que era discreción de su parte, entonces aproveché para contarle al viejo sobre mis

nuevos amores también.

Luego Carola se acercó silenciosamente adonde estábamos y comenzó a trenzar coronas con las ramas más tiernas que había cortado del álamo, enhebrando cada círculo de plata en un palo a modo de estaca.

Yo la miraba de reojo porque jamás acababa de sorprenderme su misterio.

En el centro de una corona escribió con flores el nombre de mamá: Ana; y en otra, el de su tío, el esposo de la pobre Marilú, medio sapo y medio loca de tanto esperar.

Luego plantó las estacas alrededor de la tumba descuidada y olvidada de aquella tal Mercedes.

Miré a Carola entre los destellos de plata y los ramilletes de verbenas.

La vi intacta, irradiando sus ganas de arrebatarme suspiros a la vida, recuperando nombres a la memoria que ahora compartíamos, trenzando al presente su irremediable y próximo tránsito.

- Vení Camilo, tal vez hoy tramemos un nuevo futuro al pasado -dijo Carola zurciendo distancias.

Me arrodillé a su lado. Carola acarició mis lágrimas y me recordó que *"todo es cuestión de no dejar que el suelo se acerque a nuestros pies"*.

Poseído por su encanto comprobé que hay miles de razones para morir en los celestes, y que mis viejos al pintar los suyos intentaron diseñar un cielo.

"Sin sueños la vida no se repara, porque la realidad es una costra de infamias y sólo las utopías desinfectan su herida", susurré. Al fin entendía aquellas palabras que el tío Hugo le decía a la abuela cuando peleaban entre

cuchicheos por mamá.

Carola seguía allí, aceitándome la melancolía y las alas. Tejiéndole coronas a los recuerdos y al horizonte.

La abracé agradecido de evocaciones. Su infinito rojo me contagió y no pude más que besarla hasta sentirme vivo nuevamente.

Cuando resucité, las verbenas con olor a frutas hacían una ronda de colores envolviéndonos. Por un momento, casi tuve miedo de quedar convertido en sapo o en flor, pero en el acto supe que no me importaba un comino, porque nada podía ser mejor que aquel sentir que me quebraba el espíritu y me pintaba el alma con nuevas texturas.

En cada misterio se esconde un rayo de cordura y muchos de locura.

Ella me gritaba con la piel que era posible volar a pesar de las traiciones, que podíamos planear esperanzas tras los muros, tejer coronas de denuncias.

Todo cobró un renovado sentido. Me di cuenta que el amor era un jarabe que impulsaba a infinitos desafíos y encontré nuevos significados a las cosas de siempre, sin varitas mágicas ni hipnosis.

Sentí que debía buscar con nuevas pupilas mi propio calidoscopio de utopías y reclamar, sin treguas, la causa de la memoria como eficaz antídoto contra la resignación, porque el amor es más agudo que el odio, y la muerte sólo el agujero negro de la vida.

¿Habrás sido este mismo sentimiento el que impulsó a mis viejos a desafiar la gravedad de la historia?

Creo que sí.

Por eso se los llevaron, porque iban a cambiar el mundo.
Ésa era mi herencia.

...

Desde ese día, sobre la tumba de aquella tal Mercedes
que no vi en mi vida, florecen coronas repletas de nombres
y se reproducen verbenas celestes por todos lados
reclamando memoriosa justicia al horizonte...

... y la sonrisa de mamá me rescata, cada aurora, de la
nostalgia.

Índice

- I. ¿Por qué yo? / 11
- II. Ana y su percance de amor / 19
- III. Siempre hay un buey corneta / 24
- IV. Jorge, el constructor de celestes / 31
- V. Con la carpeta hasta el cuello / 36
- VI. Irresistible libertad / 46
- VII. Nadie muere sin dejar sombra / 55
- VIII. Las estrellas de la abuela Esther / 61
- IX. La siesta más calva del mundo / 69
- X. Apunten... ¡fuego! / 76
- XI. Ella llegó volando / 84
- XII. Los misterios de Carola / 90
- XIII. Verano de sapos / 98
- XIV. No hay tumbas para la verdad / 105
- XV. Desaparecidos / 113
- XVI. No hay tumbas para la memoria / 122
- XVII. El perdón es un boleto sin olvido / 128
- XVIII. Una generación en la balsa / 134
- XIX. La memoria de los sapos / 144